

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD ECLESIAÍSTICA DE CIENCIAS FILOSÓFICO – TEOLÓGICAS
PROGRAMA DE MAESTRÍA EN TEOLOGÍA

**LA ENCARNACIÓN DE JESUCRISTO EN LA TEOLOGÍA DE LA
LIBERACIÓN**

Autor:

Diego Andrés Chingú Suárez

Directora:

Dra. Mónica Cecilia Sáenz Amaguaya

Quito, 2024

DECLARACIÓN DE PROPIEDAD INTELECTUAL, AUTORÍA Y PUBLICACIÓN DE RESULTADOS

Yo, Diego Andrés Chingú Suárez, con CI. 0401713730, en mi calidad de estudiante de la Maestría en Teología de la Facultad Eclesiástica de Ciencias Filosófico-Teológicas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, como investigador principal de la tesis titulada “La Encarnación de Jesucristo en la Teología de la Liberación”, declaro que soy autor de este estudio y reconozco la filiación institucional de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador-PUCE, de conformidad con lo establecido en la norma de los Arts. 100, 101, 108, 110 y 118 del Código Orgánico de la Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación – Código Ingenios; Arts. 3, 4, 5, 6, 10 y 12 de la Normativa Procedimental Interna para Publicaciones Científicas, Técnicas y Artísticas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

1.- De la misma manera, en lo referente a derechos de autor, declaro que la propiedad moral de la investigación me corresponde como único autor de la tesis, concedo y reconozco los derechos de propiedad patrimonial, que dimana de los Derechos de Autor, a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador-PUCE, de conformidad con lo establecido en la normativa del Código Ingenios e interna de la PUCE.

2.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT una copia del referido trabajo de graduación en formato digital para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

3.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir el referido trabajo de graduación a través del sitio web de la Biblioteca de la PUCE, respetando las políticas de propiedad intelectual de la Universidad.

Quito, 29 de junio de 2024

Diego Andrés Chingú Suárez

CI. 0401713730

RESUMEN

El presente estudio de investigación tiene como objetivo principal analizar la interrelación entre el Misterio de la Encarnación de Jesucristo y la Teología de la Liberación, destacando cómo esta última encuentra su fundamento en la Encarnación del Hijo de Dios. Se propone proporcionar una guía para abordar la cuestión de cómo se concibe la Encarnación de Jesucristo desde la perspectiva de la Teología de la Liberación en el contexto latinoamericano, así como explorar el significado teológico de su vinculación. En este sentido, se plantea que la Encarnación de Jesucristo constituye el punto de partida esencial para la Teología de la Liberación, ya que sustenta la atención prioritaria hacia los pobres. Para llevar a cabo esta investigación, se empleará el método de investigación bibliográfica documental, examinando las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia, incluyendo el Concilio Vaticano II, Cartas Encíclicas, Bulas Papales y otros documentos relevantes que ilustran la contribución a la Teología de la Liberación. Asimismo, se considerará el aporte teológico de destacados exponentes como Gustavo Gutiérrez y Leonardo Boff, con el fin de demostrar la conexión y la importancia que el hombre latinoamericano debe atribuir al misterio de la Encarnación en su historia y en el contexto de la Teología de la Liberación. A partir de este análisis, se pretende establecer un diálogo constructivo entre el Misterio de la Encarnación y la Teología de la Liberación.

ABSTRACT

The main objective of this research study is to analyze the interrelationship between the Mystery of the Incarnation of Jesus Christ and Liberation Theology, highlighting how the latter finds its foundation in the Incarnation of the Son of God. It is proposed to provide a guide to address the question of how the Incarnation of Jesus Christ is conceived from the perspective of Liberation Theology in the Latin American context, as well as to explore the theological meaning of their connection. In this sense, it is proposed that the Incarnation of Jesus Christ constitutes the essential starting point of Liberation Theology, since it supports priority attention to the poor. To carry out this research, the documentary bibliographic research method will be used, examining the teachings of the Magisterium of the Church, including the Second Vatican Council, Encyclical Letters, Papal Bulls and other relevant documents that illustrate the contribution to Liberation Theology. . Likewise, the theological contribution of prominent exponents such as Gustavo Gutiérrez and Leonardo Boff will be considered, in order to demonstrate the connection and importance that Latin American man must attribute to the mystery of the Incarnation in his history and in the context of the Theology of the release. From this analysis it is intended to establish a constructive dialogue between the Mystery of the Incarnation and Liberation Theology.

AGRADECIMENTOS

Expreso mi profundo agradecimiento a Dios, por haberme inspirado a explorar a fondo este tema que me llena de dicha y motivación. Quisiera extender mi más sincero reconocimiento a todas las personas que de alguna manera contribuyeron a la realización de este trabajo de investigación.

En primer lugar, deseo expresar mi gratitud a mi directora de tesis, la Dra. Mónica Cecilia Sáenz Amaguaya, por su orientación experta, apoyo constante y valiosas sugerencias que fueron fundamentales para el desarrollo y la culminación de esta investigación. También quiero reconocer el valioso aporte de la Dra. Carolina Larco y de todos los profesores docentes, cuya guía y asesoramiento fueron de gran ayuda para superar los desafíos que se presentaron durante el proceso.

De la misma forma, deseo expresar mi sincero agradecimiento a la Iglesia Episcopal y a la Comisión de Educación Teológica para América Latina y el Caribe (CETALC) por haberme otorgado la beca que hizo posible la realización de la presente.

Por último, quiero dedicar un especial agradecimiento a mis seres queridos, cuyo amor incondicional y apoyo constante fueron mi mayor fuente de inspiración y fortaleza durante este arduo proceso. A todos ustedes, mi más profundo agradecimiento por su inestimable contribución y por ser parte de este importante logro en mi vida académica.

ÍNDICE DE CONTENIDO

DECLARACIÓN DE PROPIEDAD INTELECTUAL.....	ii
RESUMEN.....	iii
ABSTRACT.....	iv
AGRADECIMIENTOS.....	v
Introducción.....	1
Capítulo I: El misterio de la Encarnación.....	2
1.1 La Encarnación en la Sagrada Escritura.....	2
<i>1.1.1 Antiguo Testamento.....</i>	<i>2</i>
<i>1.1.2 Nuevo Testamento.....</i>	<i>5</i>
1.2 La Encarnación del Hijo de Dios en el plan salvífico.....	8
1.3. La Encarnación y los Padres de la Iglesia.....	9
1.4. El magisterio de la Iglesia frente la Encarnación.....	14
Capítulo II: Teología de la Liberación.....	24
2.1 Orígenes de la Teología de la Liberación	25
2.2 Evolución y actualidad.....	32
Capítulo III: Cristo Encarnado en Latinoamérica.....	41
3.1 Encarnación y Teología de la Liberación.	43
3.2 Definiciones del Magisterio.....	46
<i>3.2.1 Encarnación.....</i>	<i>46</i>
<i>3.2.2 Teología de la Liberación.....</i>	<i>50</i>
3.3 Práctica y actualidad.....	53
<i>3.3.1 Encarnación y Conversión.....</i>	<i>54</i>
<i>3.3.2 Liberación y Pobreza.....</i>	<i>55</i>
Conclusiones.....	57
Referencias bibliográficas.....	63

INTRODUCCIÓN

La Encarnación de Jesucristo, fundamental para el cristianismo, ha sido objeto de un intenso análisis teológico a través de los años. No obstante, dentro de la Teología de la Liberación, este acontecimiento toma una relevancia aún mayor y transformadora. La Teología de la Liberación tiene su origen en el siglo XX como respuesta a las injusticias sociales y económicas que afligen a gran parte de Latinoamérica y otros lugares del mundo. Esta corriente teológica no solo busca comprender las causas de la opresión y la pobreza, sino también proponer caminos concretos hacia la transformación social y la liberación integral de los más marginados. En este contexto, la Encarnación de Jesucristo emerge como un punto de partida esencial para la acción liberadora. La Encarnación simboliza el amor divino manifestado en la experiencia humana, mostrando la total presencia de Dios en el sufrimiento y la lucha de los pobres y oprimidos. En lugar de ser un concepto abstracto o un evento meramente histórico, la Encarnación se convierte en un imperativo ético y moral que exige una respuesta activa por parte de la comunidad cristiana.

Esta introducción analizará de qué manera la Teología de la Liberación entiende y utiliza la Encarnación de Jesucristo en el marco de la lucha por la justicia social y la liberación de los más necesitados. Se examinará cómo la Encarnación inspira un compromiso radical con los pobres y marginados, desafiando las estructuras de poder injustas y promoviendo la solidaridad, la equidad y la dignidad humana. Además, se analizarán las contribuciones específicas de destacados teólogos de la liberación y cómo sus escritos han influido en la comprensión contemporánea de este tema crucial. En última instancia, esta exploración busca arrojar luz sobre el papel transformador que la Encarnación juega en la Teología de la Liberación y su relevancia continua en la lucha por un mundo justo.

CAPÍTULO I

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

Cuando se habla del Misterio de la Encarnación, se expone el verdadero sentido de la misión salvífica de Jesús, ya que se refiere a la acción de hacerse hombre para realizar la salvación desde y para la humanidad. Este acto es una manifestación misericordiosa del poder de Dios, que se hace efectivo para nosotros en el nacimiento de su Hijo. En la profesión de fe que hacemos al pronunciar el Credo, cuando hablamos del Hijo, decimos: “Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen.” (cfr. Credo de los Apóstoles). Ahora vamos a profundizar en lo que se ha dicho a lo largo del tiempo sobre este Misterio.

Lo que buscaremos es presentar las fuentes extraídas de la Sagrada Escritura, la Sagrada Tradición, los Padres de la Iglesia y el Magisterio, para lograr una comprensión clara de la expresión y el significado de la Encarnación del Hijo de Dios para la humanidad.

1.1. La Encarnación en la Sagrada Escritura

La Encarnación es la acción del Verbo que se hace carne, como se presenta en el Evangelio según San Juan “Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14), con esto sostenemos que el Padre quien se manifiesta al humanizar a su Hijo.

1.1.1. Antiguo Testamento

Las Sagradas Escrituras nos hablan de este acontecimiento desde mucho antes que se hiciera efectivo; en el Antiguo Testamento los profetas anuncian al Mesías principalmente Isaías decía: “Porque una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Estará el señorío sobre su hombro, y se llamará su nombre Maravilla de Consejero, Dios Fuerte, Siempre Padre, Príncipe

de Paz” (Isaías 9:5), es por esto que la Encarnación deja ver cómo un proyecto divino desde tiempos muy antiguos se hace eficaz para el pueblo que esperaba a un libertador, que sea y que viva como ellos y poder ver la gloria de Dios manifestada en la Encarnación.

El Antiguo Testamento proclama la promesa de Dios, que se realiza en el tiempo y la eternidad a través de la Encarnación del Hijo de Dios, como lo menciona Isaías:

He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel. Cuajada y miel comerá hasta que sepa rehusar lo malo y elegir lo bueno. Con el paso de los años esta profecía se va fortaleciendo y cada vez que se hace referencia al Niño, el corazón del pueblo se engrandece al buscar la misericordia de Dios. (Isaías 7:14-15)

La Sagrada Escritura nos muestra que el plan de Dios está perfectamente ideado, puesto que se habla del Encarnado como aquel que traerá paz y reconciliación de parte de Dios para el mundo y también marca su descendencia que es de nobleza y realidad, Isaías se refiere a esto cuándo menciona:

Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahveh. Y le inspirará en el temor de Yahveh. No juzgará por las apariencias, ni sentenciará de oídas. Juzgará con justicia a los débiles, y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra. Herirá al hombre cruel con la vara de su boca, con el soplo de sus labios matará al malvado. Justicia será el ceñidor de su cintura, verdad el cinturón de sus flancos. Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá. La vaca y la osa pacerán, juntas acostarán sus crías, el león, como los bueyes,

comerá paja. Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid, y en la hura de la víbora el recién destetado meterá la mano. Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo Monte, porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahveh, como cubren las aguas el mar. (Isaías 11:1-9)

Como un cúmulo de respuestas a las suplicas del pueblo, Miqueas, también hace referencia al Niño que nacerá de una Mujer y que será el libertador del pueblo:

Pero ahora, Jerusalén, prepara tu defensa, porque has sido sitiada y van a castigar duramente al jefe de Israel. En cuanto a ti, Belén Efrata, pequeña entre los clanes de Judá, de ti saldrá un gobernante de Israel que descende de una antigua familia. Ahora el Señor deja a los suyos, pero sólo hasta que dé a luz la mujer que está esperando un hijo.

Entonces se reunirán con sus compatriotas los israelitas que están en el destierro. El rey se levantará para pastorear a su pueblo con el poder y la majestad del Señor su Dios, y ellos podrán vivir en paz, porque el Señor será engrandecido hasta el último rincón de la tierra. (Miqueas 5:1-4)

Dios toma su tiempo para hacer posible la salvación del pueblo por medio de la Encarnación de su Hijo; con el pasar de los años el pueblo no pierde de vista las profecías y busca que esa promesa de Dios se haga efectiva para ellos o para sus descendientes, lo que ellos no tenían en claro es que la promesa de Dios es para todos, vivos y muertos y que al final del tiempo resucitará con el poder de la resurrección de su Hijo.

Los Textos Sagrados nos indican que el Hijo de Dios provendrá de la tribu de Judá; en el Génesis se menciona lo siguiente sobre esta tribu:

Judá, te alabarán tus hermanos; tu mano estará sobre el cuello de tus enemigos; los hijos de tu padre se inclinarán a ti. Cachorro de león, Judá; de la presa subiste, hijo mío. Se

encorvó, se echó como león, como león viejo: ¿quién lo despertará? No será quitado el cetro de Judá ni el bastón de mando de entre sus pies, hasta que llegue Siloh; a él se congregarán los pueblos. (Génesis 49: 8-10)

Esta tribu será enaltecida por un acontecimiento en la historia, que cambiará el sentido de la humanidad en Hebreos refiere: “sabido es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio, de esta tribu se encarnara el hijo de Dios.” (Hebreos 7:14)

En Jesús se hace efectiva la Palabra de Dios pronunciada en Éxodo “Conságrame todo primogénito. Todo lo que abre la matriz entre los hijos de Israel, tanto de los hombres como de los animales, mío es” (Éxodo 13:2). Así, Jesús nace de la Virgen María por la acción del Poder del Espíritu Santo y se convierte en el Primogénito Hijo de Dios, como lo destaca Lucas “Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón, esto se da en el tiempo perfecto de Dios.” (Lucas 2:7).

La promesa se aclara y concreta en Jeremías, pues, el Señor dice: “Vendrá un día en que haré que David tenga un descendiente legítimo, un rey que gobierne con sabiduría y actúe con justicia y rectitud en el país.” (Jeremías 23:5). Esta profecía alude a Jesús como un descendiente de David. La genealogía de Jesús se describe en los Evangelios: San Lucas presenta los antepasados de José en el capítulo tres, mientras que San Mateo enumera los de la Virgen María en el capítulo uno.

1.1.2. Nuevo Testamento

Dios busca que toda la humanidad comprenda que es necesario estar preparados porque no sabemos ni la hora ni el tiempo que su promesa se hace efectiva (Mateo 24:36), pero lo que se debe tener en cuenta es que Dios cumple lo que promete por medio de sus Profetas y que la

Encarnación fue una promesa de Dios hecha en el tiempo y el espacio, pues, sabemos que tiene principio en el nacimiento de Jesús, pero no tiene fin pues se hace eterna en su Resurrección.

En el Nuevo Testamento se concreta la promesa que Dios hizo a su pueblo; el evangelista Lucas describe el evento del nacimiento de Jesús de la siguiente manera:

Por aquellos días salió un decreto del emperador Augusto, por el que se debía proceder a un censo en todo el imperio. Este fue el primer censo, siendo Quirino gobernador de Siria. Todos, pues, empezaron a moverse para ser registrados cada uno en su ciudad natal. José también, que estaba en Galilea, en la ciudad de Nazaret, subió a Judea, a la ciudad de David, llamada Belén, porque era descendiente de David; allí se inscribió con María, su esposa, que estaba embarazada. Mientras estaban en Belén, llegó para María el momento del parto, y dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, pues no había lugar para ellos en la sala principal de la casa. (Lucas 2:1-7)

Este pasaje permite contemplar que el Misterio de la Encarnación es manifestado como el principio de la Salvación, es el triunfo que tendrá el poder de Dios sobre la muerte, puesto que el Hijo debió nacer como uno de nosotros para morir y vencer a la muerte con su Resurrección.

Otro evangelista que nos presenta el nacimiento de Jesús es Mateo quien se centra en la humanidad de sus padres:

Este fue el principio de Jesucristo: María, su madre, estaba comprometida con José; pero antes de que vivieran juntos, quedó embarazada por obra del Espíritu Santo. Su esposo, José, pensó despedirla, pero como era un hombre bueno, quiso actuar discretamente para no difamarla. Mientras lo estaba pensando, el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, descendiente de David, no tengas miedo de llevarte a María, tu esposa, a tu casa; si bien está esperando por obra del Espíritu Santo, tú eres el que pondrás el nombre

al hijo que dará a luz. Y lo llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta: La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa: Dios-con-nosotros. Cuando José se despertó, hizo lo que el Ángel del Señor le había ordenado y tomó consigo a su esposa. Y sin que hubieran tenido relaciones, dio a luz un hijo, al que puso por nombre Jesús. (Mateo 1:18-25)

Por su parte el Evangelista Marcos no hace referencia a la humanidad de los padres de Jesús, más bien, se enfoca en afirmar que Él es el Hijo de Dios, al mencionar que se oyó una voz del cielo que declaró: Tú eres mi Hijo, el Amado, mi Elegido (Marcos 1, 11) esto, durante el acontecimiento del bautizo de Jesús.

El evangelista Juan opta por hablar de Jesús ya encarnado, destacando su misión en el mundo, y señala que “¡Así amó Dios al mundo! Le dio a su Hijo Único, para que todo aquel que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió al Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que se salve el mundo gracias a él” (Juan 3:16-17).

Para los Evangelistas, aunque con enfoques distintos, el nacimiento de Jesús señala el inicio del poder de Dios que se revela a la humanidad. Este acto demuestra cómo Dios, en su gran poder, elige hacerse hombre para bendecir a toda la humanidad mediante la Encarnación de su amado Hijo, Jesucristo.

En los Evangelios podemos ver una forma de conocer la vida de Cristo desde su nacimiento hasta su Resurrección y de hecho el Nuevo Testamento partiendo desde los Evangelios, las Cartas Paulinas, las Cartas de Juan, por citar algunos, tienen como punto central a Cristo viviendo como uno de nosotros y demostrando el amor de Dios al perdonar pecados, enseñar el valor de amarse los unos a los otros, como él nos amó, el Evangelio de Juan, desde el

comienzo presenta claramente que el Verbo estaba en Dios y que era Dios (Juan 1,1), y profundiza más cuando dice: “La Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Juan 1:14), Pablo en su carta a Timoteo escribe “Él ha sido manifestado en la carne” (1 Timoteo 3:16).

La Encarnación, en la Sagrada Escritura, es presentada como la manifestación de Dios para la humanidad. Jesús nació como uno de nosotros para ofrecer al ser humano la oportunidad de ser salvado, una bendición que llega con el hecho de que el Hijo de Dios habita entre nosotros. En palabras de González de Cardenal (1975):

Para el Nuevo Testamento, Jesús de Nazaret constituye ese tiempo de la visitación de Dios y crea el ámbito de acercamiento entre Dios y el hombre, que, a su vez, se convierte en la posibilidad de cercanía de los hombres entre sí. (p. 4)

La Encarnación de Jesús es fundamental para la comprensión de la relación entre Dios y la humanidad. Al nacer como uno de nosotros, Jesús no solo ofrece la oportunidad de salvación, sino que también establece un vínculo de unidad permanente.

1.2. La Encarnación del Hijo de Dios, el plan salvífico

Dentro del plan de salvación de Dios, es fundamental entender en qué consiste y qué papel desempeñan tanto la Encarnación del Hijo de Dios como la humanidad.

El plan salvífico de Dios para la humanidad se encuentra en la plenitud y la realización del Evangelio, pues se resume en la proclamación de las Buenas Nuevas donde se incluye, para toda la creación, el perdón de los pecados y del cumplimiento de los mandamientos de la Ley de Dios que encontramos en las Sagradas Escrituras (cfr. Éxodo. 20:1-17, Deuteronomio 5:1-21) El albedrío del hombre que es la capacidad de decidir y de actuar por cuenta propia, esto es

explicado de forma más clara por el Magisterio Pontificio en persona del Santo Padre San Juan Pablo II dentro de su Carta Encíclica *Veritatis Splendor*:

No sólo el mundo, sino también el hombre mismo ha sido confiado a su propio cuidado y responsabilidad. Dios lo ha dejado “en manos de su propio albedrío”, para que busque a su creador y alcance libremente la perfección. Alcanzar significa edificar personalmente en sí mismo esta perfección. En efecto, igual que gobernando el mundo el hombre lo configura según su inteligencia y voluntad, así realizando actos moralmente buenos, el hombre confirma, desarrolla y consolida en sí mismo la semejanza con Dios. (VS. 39).

Por ello, es importante tener claro lo que afirma San Pablo: “hermanos, han sido llamados a la libertad; sólo que no tomen de esa libertad pretexto para la carne; antes, al contrario, sírvanse por amor los unos a los otros.” (Gálatas 5:13) ese es el plan al que todos estamos llamados, en libertad aspirar alcanzar la perfección de Cristo pues, por medio de Él recibimos la plenitud del gozo de vivir en la presencia de Dios.

1.3. La Encarnación y los Padres de la Iglesia

Otro aporte importante de comprensión del Plan de salvación son los Padres de la Iglesia¹, San Ireneo de Lyon dentro del texto *Adversus Haereses*, contra Las Herejías (1988) expone que el Plan Divino comprende la Encarnación y la redención, dice que:

El Verbo, hijo único de Dios, que está siempre presente en el género humano, se unió a la obra de su creación impregnadora toda según el beneplácito del Padre y haciéndose carne. Este es Jesucristo, nuestro Señor, el mismo que padeció por nosotros, y resucitó por nosotros, y que vendrá de nuevo con la gloria del Padre para resucitar a toda carne y para

¹Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Patres Ecclesiae* (1980) menciona que: “Padres de la Iglesia se llaman con toda razón aquellos santos que, con la fuerza de la fe, con la profundidad y riqueza de sus enseñanzas, la engendraron y formaron en el transcurso de los primeros siglos” (PE.1).

hacer patente la salvación y mostrar la norma del juicio justo en todo el universo al Él sometido. (p. 150)

Con esta acotación de San Ireneo, lo importante del plan de Dios para la creación y la restitución de la dignidad de la carne humana. Que importante es vivir a fondo la Encarnación vista desde este Plan salvífico, pues es la manifestación de Dios a la humanidad; San Atanasio de Alejandría, Obispo y Doctor de la Iglesia lo tiene claro cuando dice:

En el aspecto bajo el que fue humillado, en el mismo podrá ser exaltado, Y si está escrito que «se humilló» con referencia a la encarnación, es evidente que «fue exaltado» también con referencia a la misma. Como hombre tenía necesidad de esta exaltación, a causa de la bajeza de la carne y de la muerte. Siendo imagen del Padre y su Verbo inmortal, tomó la forma de esclavo, y como hombre soportó en su propia carne la muerte, para ofrecerse así a sí mismo como ofrenda al Padre en favor nuestro. (Vives, 1988, p. 447)

En la misma carne que adopta Jesús y que más tarde será humillado y a su vez exaltado como lo refiere Atanasio, es importante poner de manifiesto el sentido que la Encarnación concede a la carne dándole la realeza de ser un verdadero templo sagrado, donde el poder del Espíritu Santo se hace manifiesto; nuestra naturaleza humana comparte la semejanza de Dios (Génesis. 1:26) y debemos cuidarlo. San Pablo en su Primera Carta dirigida a los Corintios nos dice: “¿O no saben que su cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en ustedes y lo han recibido de Dios, y que ya no se pretenden? ¡Han sido bien comprados! Glorifiquen, por tanto, a Dios en su cuerpo” (1 Corintios, 6:19-20). De esta forma podemos entender en pequeña medida el sentido de la Encarnación y poder de Dios que se manifiesta para todos nosotros en la misión encargada al Hijo, de nacer, padecer, morir y Resucitar en gloria; el mismo, como señala San Atanasio dentro de sus discursos contra los arrianos menciona:

Si las obras del Verbo divino no se hubieran hecho por medio del cuerpo, el hombre no hubiera sido divinizado; y, por el contrario, si las obras propias del cuerpo no se atribuyesen al Verbo, no se hubiera librado perfectamente de ellas el hombre. (Vives, 1988, p. 461)

La Encarnación ocupa un lugar privilegiado en el plan de Dios. Al encarnarse, el Verbo diviniza la carne, otorgándole la importancia necesaria en el proceso de la salvación a través de su Hijo que se hizo hombre.

Cada vez que se hace referencia al Verbo encarnado, debemos tomar en cuenta el premio eterno que con esto, Dios concede a los hombres que crean en su Hijo muy amado, Dios se hace presente a la humanidad no solo con su muestra de amor y de misericordia, sino que, asume el ser hombre para acercarse a su creación, esto no puede verse bajo ninguna circunstancia como una afrenta al poder de Dios, sino, como una bendición por medio de la cual, la carne es elevada a un plano de santidad otorgada por el Hijo, pero nos sumergimos en la búsqueda de la misma y la perfección es que cada uno de nosotros creamos que Cristo se encarnó para dar a conocer el insondable poder de nuestro Creador. (Juan 3:16).

Lo fundamental de la Encarnación es la presencia del Hijo de Dios entre la humanidad; a través de sus palabras y acciones, llegamos a conocer al Hijo de Dios y, de alguna manera, comprendemos la naturaleza de Dios mismo. Lo que entendemos, sobre todo, es que Dios es Amor, un amor poderoso capaz de dar la vida por nosotros.

El plan que Dios construye sobre el mundo está apoyado en la Encarnación del Verbo que se hace efectiva para la salvación de la humanidad, este acto ha llevado a Dios a hacerse hombre sin perder su divinidad, al contrario, para comprender de mejor forma la divinidad, San Juan XXIII en su Carta Encíclica *Pacem in Terris* menciona que:

El orden vigente en la sociedad es todo él de naturaleza espiritual. Porque se funda en la verdad, debe practicarse según los preceptos de la justicia, exige ser vivificado y completado por el amor mutuo, y, por último, respetando íntegramente la libertad, ha de ajustarse a una igualdad cada día más humana. (PT. 37)

El Hijo de Dios existe desde el principio de los tiempos (Juan 1:1), la Encarnación enmarca un escenario cercano de Dios a la humanidad, tomemos en cuenta lo que menciona San Ireneo de Lyon:

Puede mostrarse con evidencias que el Verbo, desde el principio, estaba con Dios, aquel por medio del cual fueron hechas todas las cosas y que desde siempre estaba presente en el género humano, en los últimos tiempos, en el momento predestinado por el Padre, se unió a lo que el mismo había modelado y se hizo hombre capaz de padecer. Así se elimina la objeción de los dicen “si nació en aquel momento, Cristo no existía anteriormente”. Porque hemos mostrados, efectivamente, que el Hijo de Dios no empezó a existir en aquel momento, sino que desde siempre existía en el Padre. (Vives, 1988, p. 138)

El Plan de Dios fue determinado antes de la creación del mundo, establecido por el Padre. Además, tenemos el privilegio de conocer al Padre a través de la Encarnación del Hijo. En relación a esto, Orígenes afirma:

Igualmente nuestro Salvador y Señor, Logos de Dios, muestra la grandeza del conocimiento del Padre, al que sólo el concibe y conoce de manera adecuada por sus propios méritos, mientras que de manera derivada lo conocen los que han sido iluminados bajo la inspiración del mismo Logos divino cuando dice: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo haya revelado” (Mt 11, 27)

Nadie como el Padre que lo engendró puede conocer por sí mismo aquel que es increado y primogénito de toda creatura; ni nadie puede conocer al Padre, como el Logos viviente del mismo que es su Sabiduría y su Verdad. (Vives, 1988, p. 260)

Es por tanto que el hombre conoce al Padre por medio del Hijo, de esta forma podemos ver la importancia del misterio de la Encarnación del Hijo en el mundo, creado por Él y para Él (Colosenses 1:16).

En vista de esto podemos encontrar sentido a la pregunta que localizamos en los Salmos “¿qué es el hombre para que Dios se acuerde de él?” (Salmo 8:5), pues Dios quiere que seamos libres y salvar nuestra vida.

La revelación del misterio de la Encarnación de Jesucristo está ligada al momento en que se cumple la promesa de Dios, a la realización de la obra de salvación y al misterio que encarna el Hijo de Dios. En Él se lleva a cabo el propósito divino de salvación. Al respecto, Chopin (1968) señala:

Para comprender más plenamente su naturaleza y su significado, conviene considerar primero el mensaje expresado en el Antiguo Testamento, ya que la Encarnación se sitúa en la prolongación de este: “Escrutad las escrituras dice Cristo..., pues son ella las que dan testimonio de mi” (Jn. 5, 39). Ese testimonio de la escritura es complejo. Se expresa, no solamente en los textos que anuncian el nacimiento del Mesías, sino también en los que profetizan la venida de Yahveh al fin de los tiempos. (p. 28-29)

Con esto seguimos fortaleciendo la propuesta de un plan salvífico de Dios en Cristo para la humanidad entera y ya solo queda la respuesta de parte del hombre frente a ese incondicional amor, propuesto por Dios.

Jesús se encarnó, para que, por medio de Él, la humanidad encontrara la salvación, pues, como Redentor, en su Ser, da sentido a todas las cosas creadas puesto que él es el principio y el fin (Apocalipsis 21:6), de igual forma su Encarnación es el signo por excelencia del Amor, por esto el misterio del Hijo de Dios que se hace hombre es el principal motivo del plan salvífico de Dios, la Encarnación debe ser vista como parte de la Salvación en la Gracia.

Es importante saber que dentro de este plan de la salvación se destaca la Encarnación del Verbo, como parte importante del mismo; Chopin (1968) nos dice:

Tanto en el Nuevo Testamento como en los padres de la Iglesia, el problema del motivo de la encarnación no se plantea explícitamente como en la edad media, no obstante en Nuevo Testamento, y también en los Padres de la Iglesia encontramos una doctrina muy claro sobre la relación que existe entre la encarnación y la obra redentora: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Tim 1, 15), “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que por Él fuese salvado” (Jn 3, 17). Por consiguiente, la Encarnación de Verbo, tal como se realizó, estuvo ordenada a la salvación de la humanidad. El Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos pasar de la esclavitud del pecado y de la muerte a la libertad y la vida de los hijos de Dios. (p. 66-67)

Es por esto que todos estamos llamados a creer en Cristo Jesús, a ser partícipes de esa vida en Gracia y a reconocer el poder del amor con el que amó al mundo y que lo hizo capaz de hacerse como uno de nosotros para que comprendamos el verdadero plan de salvación del que los hombres somos principales beneficiarios.

1.4. El Magisterio de la Iglesia frente la Encarnación

El Magisterio de la Iglesia es parte importante dentro de la enseñanza de la doctrina, la moral y las costumbres formación, en la Sagrada Escritura podemos encontrar que Jesús dice:

Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella. Lo que ates en la tierra quedará atado en el Cielo, lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo. (Mt 16:18).

Esto otorga al Magisterio la autoridad de interpretación y formación en temas de fe y costumbres, considerándolo infalible en sus pronunciamientos.

S.S. San Juan XXIII en su Carta Encíclica *Mater et Magistra* (1961) aclara mucho más este postulado cuando dice:

Confió su divino fundador una doble misión, la de engendrar hijos para sí, y la de educarlos y dirigirlos, velando con maternal solicitud por la vida de los individuos y de los pueblos, cuya superior dignidad miró siempre la Iglesia con el máximo respeto y defendió con la mayor vigilancia. (MM. 1)

Es fundamental considerar la valiosa contribución del Magisterio de la Iglesia en relación con la Encarnación del Hijo de Dios. A través de argumentos bien fundamentados, la Iglesia nos ofrece orientaciones para profundizar en este gran misterio, sin intentar explicarlo completamente, ya que se entiende como un acto de amor de Dios hacia la humanidad.

En materia teológica la Encarnación representa el inicio de la promesa salvífica de Dios hecha en Jesucristo, y las claves que indican la relación de Dios con el hombre son tres:

El amor manifestado en la restitución de la dignidad de la carne mediante la Encarnación del Verbo. San Juan Pablo II (1993), en la Carta Encíclica, *Veritatis Splendor* nos dice: “La vida moral se presenta como la respuesta debida a las iniciativas gratuitas que el amor de Dios multiplica en favor del hombre” (VS. 9). Ese amor del que en muchas ocasiones la Sagrada Escritura lo refiere como un todo en la plenitud del ser humano, San Pablo en la primera carta a los Corintios refiere sobre el amor: “Ahora, pues, son válidas la fe, la esperanza y el amor; las

tres, pero la mayor de estas tres es el amor” (1 Corintios 13:13), sin embargo la Biblia de Jerusalén, se remplace la palabra amor por caridad, la caridad comprender el sentido de pertenencia a lo que nos rodea y el amor del que Dios nos habla, es el amor que permite ser fiel a la promesa de Dios, es decir el amor que traspasa la frontera terrenal, el amor que es capaz de perdonarlo todo, ese Amor que cuando el amor terrenal se terminal suple el sentido de pertenencia a la vida Eterna dada por Jesucristo desde su Encarnación hasta su Resurrección.

La unión de lo Divino y lo humano que debe tomar como referencia el poder infinito de Dios al propiciar este espacio de unión desde donde parte el Misterio de la Encarnación dentro del cual tiene importancia la participación el Padre que, por medio de Espíritu Santo, llenó de plenitud la humanidad de la Virgen María para que por su intermedio se haga presente el Hijo, esto toma un rumbo más claro cuando San Juan Pablo II (1979), en la Carta Encíclica, *Redemptor Hominis* nos dice: “En él la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre” (RH. 8). De esta manera, entendemos que Jesús, al nacer de la Virgen María, se convirtió verdaderamente en uno de nosotros, siendo semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado (Hebreos 4:15).

La misericordia de Dios, Se considera como la fuente inagotable del amor de Dios por la humanidad en la manifestación de la Encarnación de Jesucristo en el mundo. Esta misma Misericordia es ofrecida por Jesús a sus seguidores, instándolos a ser misericordiosos como su Padre que está en los cielos. (Lucas 6:36-37).

Es por esto que para hablar del Misterio de la Encarnación se necesita poner especial atención en la Sagrada Escritura y lo propuesto por el Magisterio, qué importante es entender lo que menciona el Catecismo de la Iglesia Católica (1992):

Podréis conocer en esto el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios" (1 Juan 4:2). Esa es la alegre convicción de la Iglesia desde sus comienzos cuando canta "el gran misterio de la piedad": "Él ha sido manifestado en la carne (núm. 463).

Así se fortalece la fe por medio de la Encarnación, el Hijo de Dios Encarnado, es la manifestación distintiva de la fe.

Cuando se habla de Encarnación es importante pensar en el gran aporte que recibimos con la Carta Encíclica, *Redemptor Hominis* del Sumo Pontífice Juan Pablo II (1979) que nos dice:

A través de la Encarnación, Dios ha dado a la vida humana la dimensión que quería dar al hombre desde sus comienzos y la ha dado de manera definitiva —de modo peculiar a él solo, según su eterno amor y su misericordia, con toda la libertad divina— y a la vez con una magnificencia que, frente al pecado original y a toda la historia de los pecados de la humanidad, frente a los errores del entendimiento, de la voluntad y del corazón humano, nos permite repetir con estupor las palabras de la Sagrada Liturgia:

«¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor! (RH. 1)

En este contexto surge la idea de que Jesús fuese, menor que el Padre y capaz de encarnarse a diferencia del Padre que es inmutable. Esta fue la propuesta de Arrio contra la que reaccionó el Concilio de Nicea en el año 325 y tal como lo aclara el Catecismo de la Iglesia Católica (325) “Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado y no creado, de la misma naturaleza que el Padre” (núm. 465). Con esto quedaba claro que el Padre, el Hijo y junto al Espíritu Santo comparten la misma y única divinidad, tienen la misma dignidad. A respecto de esto el Catecismo de la Iglesia Católica (1992), nos aclara:

El Verbo se encarnó para que nosotros conociésemos así el amor de Dios: En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él (1 Jn 4, 9). Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. (núm. 458)

Un propósito mucho más amplio es el de la Vida Eterna, por lo que la Encarnación abarca todos los aspectos que el pueblo de Dios ha anhelado desde los tiempos de nuestros antepasados en el Antiguo Testamento hasta el presente en el Nuevo Testamento. La realización de la “Tierra Prometida” pues un día firmó Yahveh una alianza con Abram, diciendo: A tu descendencia he dado esta tierra, desde el río de Egipto hasta el Río Grande, el río Éufrates (cfr. Génesis 15:18) que se hace efectiva en la entrega de la vida eterna en un lugar donde ya no hay llanto ni dolor (cfr. Apocalipsis 21:4).

Cuando se habla de la Encarnación es inevitable cuestionarnos sobre ¿qué estamos recibiendo de parte de Dios? Por esto la Iglesia en su infinita sabiduría establece la reconciliación de los hombres para un pleno crecimiento social y espiritual que trascienda la frontera del odio y el sentimiento de discordia, que no nos permite crecer como hijos de un mismo Padre y que esa misma actitud nos aleja del fin al que estamos todos llamados, que es, ser santos en el momento y el tiempo de Dios.

El Papa Juan Pablo II (1998) en la Bula *Incarnationis Mysterium* con la cual convocaba el gran jubileo del año 2000 inicia con estas palabras:

Jesús es la verdadera novedad que supera todas las expectativas de la humanidad y así será para siempre, a través de la sucesión de las diversas épocas históricas. La encarnación del Hijo de Dios y la salvación que Él ha realizado con su muerte y

resurrección son, pues, el verdadero criterio para juzgar la realidad temporal y todo proyecto encaminado a hacer la vida del hombre cada vez más humana. (IM. 1)

Por tanto, la Encarnación de Jesús no debe alejarnos, por ningún motivo, de la realidad social en la que estamos inmersos, es importante saber que Dios se hizo hombre para demostrar que, con las limitaciones, que la carne nos da, es posible alcanzar el don y premio de Dios, entre más nos amemos, seremos más bendecidos de parte de Dios. Esto nos ayuda a comprender que por siglos la Iglesia ha dado el lugar que le corresponde al Hijo de Dios en la tierra.

El Magisterio propone que todos veamos al Misterio de la Encarnación como el don de Dios para la humanidad, en la carta encíclica *Spe Salvi* del sumo pontífice Benedicto XVI (2007) encontramos que:

La encarnación de Dios en Cristo ha unido uno con otra –juicio y gracia– de tal modo que la justicia se establece con firmeza: todos nosotros esperamos nuestra salvación “con temor y temblor” (Fil 2,12). No obstante, la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza al encuentro con el Juez, que conocemos como nuestro “abogado”, parakletos (1 Juan 2,1). (SS. 47)

La confianza que debemos tener, siempre debe estar puesta en Dios, que se ha manifestado de forma impresionante, con el fin de demostrar que somos sus hijos privilegiados pues en el proceso de la creación, Dios crea al hombre como creatura suya y luego decide encarnarse en esa misma creatura, para bendecirla y restaurar el sentido pleno del amor incondicional con el que fuimos creados, por Él y para Él. En el Concilio Vaticano II, la Constitución dogmática *Gaudium et Spes* (1964) menciona:

El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer

pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado. (GS. 22)

Dios que se hace hombre para vivir y experimentar el sentido de pertenencia a lo mortal y finito (cuerpo), esto es un acontecimiento que nos invita a ser comunidad y vivirlo en el entorno de la Iglesia, Su Santidad el Papa Francisco nos deja claro esta apreciación en su Carta Apostólica *Desiderio Desideravi* (2022):

No bastan los esfuerzos, aunque loables, para una mejor calidad de la celebración, ni una llamada a la interioridad: incluso ésta corre el riesgo de quedar reducida a una subjetividad vacía si no acoge la revelación del misterio cristiano. El encuentro con Dios no es fruto de una individual búsqueda interior, sino que es un acontecimiento regalado: podemos encontrar a Dios por el hecho novedoso de la Encarnación que, en la última cena, llega al extremo de querer ser comido por nosotros. ¿Cómo se nos puede escapar lamentablemente la fascinación por la belleza de este don? (DD. 24)

De esta forma el Magisterio nos presenta la Encarnación como un verdadero proceso en común con la humanidad entera sin distinción y esto conlleva a la manifestación del asombro humano de sentirse tan amado por Dios que encarna a su propio Hijo, el Papa Francisco en *Desiderio Desideravi* (2022) nos dice: “Si el asombro es verdadero, no hay ningún riesgo de que no se perciba la alteridad de la presencia de Dios, incluso en la cercanía que la Encarnación ha querido” (DD. 25), con el fin de que el asombro no debe desencadenar en duda alguna.

Y es este acontecimiento que debemos vivirlo a plenitud el mismo Papa Francisco en su Carta Apostólica *Admirabile Signum* (2019) nos exhorta:

Vayamos, pues, a Belén, y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha comunicado» (Lc 2,15), así dicen los pastores después del anuncio hecho por los ángeles. Es una enseñanza muy hermosa que se muestra en la sencillez de la descripción. A diferencia de tanta gente que pretende hacer otras mil cosas, los pastores se convierten en los primeros testigos de lo esencial, es decir, de la salvación que se les ofrece. Son los más humildes y los más pobres quienes saben acoger el acontecimiento de la encarnación. (AS. 5)

Así, la cercanía entre el Dios el hombre frente al misterio de la Encarnación nos hace ser bendecidos por la Gracia y el amor de Dios, para hacerla más afín a nosotros, Dios quiso que su Hijo naciera y tuviera una descendencia en su creación terrenal, San José del cual el Papa Francisco menciona en su Carta Apostólica *Patris Corde* (2020):

Al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa. (PC. 1)

La Encarnación se presenta como algo propio para la humanidad, Agostino Molteni (2014) quien realiza una serie de comentarios a las intervenciones realizadas por los Sumos Pontífices S.S. Benedicto XVI y S.S. Francisco con motivo del Año de la Fe (2012-2013), nos dice:

En la audiencia general del 28 de noviembre el Papa Benedicto XVI se pregunta: “¿Cómo hablar de Dios en nuestro tiempo?”. El “cómo” expresa una cuestión de método. Ante todo, dice que “nosotros podemos hablar de Dios porque Él ha hablado con nosotros”, pues “se ha auto comunicado hasta encarnarse”. (p. 72)

De esta forma se puede entender el valor de la Encarnación y el aporte del Magisterio sobre este Misterio que cada vez está más cercano al hombre; el mismo Agostino Molteni (2014), escribe:

En el Ángelus del 26 de mayo, el Papa Francisco ha dicho que “la Trinidad no es el producto de razonamientos humanos, sino que es el rostro con que Dios se ha revelado, no de lo alto de una cátedra, sino caminando con la humanidad”. “Dime con quién andas y te diré quién eres”; este proverbio es perfecto para reconocer quien es Dios. (p. 143)

Nos convertimos en verdaderos herederos del amor de Dios. Según las palabras del Papa Francisco, "andar con los hombres", el Misterio de la Encarnación implica que Dios elige caminar a nuestro lado y experimentar nuestras emociones. Desde esa perspectiva integral, podemos entender mejor cómo actuar en consonancia con su voluntad el motivo por el cual cada uno de nosotros estamos llamados a servir a Cristo, en los hermanos; Agostino Molteni (2014), nos dice:

Una vez más el Papa Francisco (homilía de la santa Misa del 4 de julio 2013) afirma que el significado de la encarnación es la reconstitución de una Salvación, conveniente para el hombre y para Cristo. En efecto, los milagros (y palabras de Cristo) expresan el “pensamiento de Cristo” (1 Co 2,16), su salvación a través de su carne (carne humana, es decir, con una ley de movimiento que es el “principio de placer”-conveniencia). (p. 180)

Por tanto, somos parte de la restauración del plan de Dios. A pesar de nuestra pequeñez, el hecho de que Dios haya decidido hacerse uno de nosotros para redimirnos es un testimonio de su inmenso amor. Al tomar carne humana, Cristo no solo restauró la dignidad de la humanidad, sino que también nos ofreció la promesa de vida eterna. Su Resurrección es el cumplimiento y la culminación de su misión en la tierra, iniciada desde el momento de su Encarnación. Así, la Encarnación de Jesús no solo marca el inicio de una nueva era para la humanidad, sino que también revela el propósito divino de ofrecer salvación y restauración a todo aquel que crea en Él.

Capítulo II

Teología de la Liberación

Este capítulo presentará los argumentos que sustentan la Teología de la Liberación, la cual se fundamenta en la opción preferencial por los pobres como base para una evangelización que promueve la libertad, entendida como un proceso de desarrollo y atención hacia los más necesitados en la sociedad. La Teología de la Liberación busca su contexto en la Sagrada Escritura, que actúa como su origen, y en ella se encuentran las enseñanzas de Cristo dirigidas a sus discípulos, instándolos a cuidar de los pobres (cfr. Gálatas 2:10; Santiago 2:15-16; 1 Juan 3:17). Con el tiempo, la Teología de la Liberación se apropia del concepto de "cuidado de los pobres", y es por esto que Gustavo Gutiérrez (1972) nos dice que "el término desarrollo parece haber expresado de manera sintética, y en primera aproximación, las aspiraciones de los hombres de hoy por consideraciones de la vida más humanas" (p. 45). Por otro lado, los pobres, que siempre estarán en este mundo (Marcos 14:7) son siempre una realidad; para aclarar esto Enrique Dussel (1995) comenta:

Es por ello que las causas que originaron la Teología de la Liberación seguirán vigentes hasta fines del siglo XX. La existencia de la causa funda la necesidad de dicha teología, y su existencia no depende de las críticas intraeclesiales, de la "moda" en su ejercicio o de las variantes o deformaciones que sufra: es un hecho histórico y de respuesta a realidades que ni la inventan los teólogos, ni pueden suprimirse en las mesas de los burócratas. (p. 93-94)

El concepto de Teología de la Liberación fue introducido por Gustavo Gutiérrez en 1971 con su obra Teología de la Liberación, Perspectivas. En este texto se presenta una reflexión organizada y sistemática sobre un conjunto de ideas que deben ser consideradas, ya que su

publicación marcó el inicio de uno de los movimientos teológicos cristianos más significativos en América Latina.

Planteando de esta forma el objetivo de la Teología de la Liberación, encuentra su fundamento en la respuesta que damos frente a las necesidades sociales de los pobres, Gustavo Gutiérrez (1972) menciona “que no se trata de elaborar una ideología justificadora de posturas ya tomadas, se trata de dejarnos juzgar por la Palabra del Señor, de pensar nuestra fe, de hacer más pleno nuestro amor, y de dar razón de nuestra esperanza” (p. 13). Mediante esa misma fe, entendemos que Jesús asume la naturaleza humana, y junto con ella acepta las limitaciones que la corporalidad le da.

2.1. Orígenes de la Teología de la Liberación

Es importante resaltar el aporte del Evangelio en Latinoamérica; este territorio, por lo general ha visto el sufrimiento y el desangrar del pueblo en algunos acontecimientos que marcaron la desolación y el abandono. Esto da pie a que en el siglo XX se inicie una corriente de pensamiento un tanto liberal; que cobra impulso a través de un enfoque que defiende los derechos de los pobres, reconociéndolos como seres humanos, personas racionales y libres. Se trata de una lucha por alcanzar para ellos dignidad, libertad y justicia, así como por preservar su cultura, su tierra y sus recursos. La Teología de la Liberación cuenta con un antecedente que es la preocupación por los pobres, esto lleva a Gustavo Gutiérrez a repetir que, la lucha contra la pobreza y la liberación es comienzo de dicha Teología.

La Iglesia por su parte comienza a mostrar signos de preocupación y convoca a la Conferencia General de Medellín en 1968, que dio lugar a una nueva práctica pastoral basada en una renovada autocomprensión de la iglesia latinoamericana. Así, la evangelización se enfoca en

este ámbito, con el objetivo de defender los derechos de las personas, santificados por la humanidad de Cristo.

Es importante destacar que con el Sumo Pontífice Juan XXIII en el año 1962 da inicio la reforma de la Iglesia, con la apertura del Concilio Vaticano II, que tendrá su fin en el pontificado de Pablo VI en el año del 1965; a partir del mismo se comienza a hablar de una Iglesia para los pobres, por esto es de vital importancia destacar este momento, dentro de la Constitución Dogmática Sobre la Iglesia: *Lumen Gentium* (1964) nos dice:

Pero como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, «existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo» (Flp 2,6-7), y por nosotros «se hizo pobre, siendo rico» (2 Co 8,9); así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. (LG. 8)

El tema de la liberación de la esclavitud y del pecado es un tema se tuvo bastante interés, el Papa Pablo VI la *Populorum Progressio* (1967), menciona:

Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces estorbado, por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso: por sólo el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más. (PP. 15)

Como respuesta y continuidad a la mencionada Carta Encíclica, se presenta la preocupación del Episcopado del tercer mundo, donde se pone de manifiesto que los pueblos del tercer mundo forman el proletariado de la humanidad actual, explotados por los grandes y amenazados en su existencia misma por los que, solo por ser los más fuertes, se acogen el derecho de ser los jueces y los policías de los pueblos materialmente menos ricos. La perspectiva va cambiando, a partir de la *Populorum Progressio publicada en 1967* y el documento de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, los textos ya no hablan de países centrales, sino más bien, de los países de la periferia y abordar sus angustias y preocupaciones para guiar cada proceso de liberación.

Cuando hablamos de liberación es importante hacer referencia a la Sagrada Escritura, pues la liberación de la que estamos hablando, no solo se plantea desde la esclavitud de la prisión y limita al ser, sino más bien, de la liberación de espíritu como lo menciona Gustavo Gutiérrez (1973):

La Teología parecería haber eludido durante mucho tiempo una reflexión sobre el carácter conflictual de la historia humana, sobre el enfrentamiento entre hombre, clases sociales y países. Pablo nos recuerda constantemente, sin embargo, a entraña pascual de la existencia cristiana y de toda vida humana: el paso del hombre nuevo al hombre viejo, del pecado a la gracia, de la esclavitud a la libertad. (p. 66)

No es solo una libertad que libera el cuerpo, sino, la búsqueda de la liberación del pecado que hace que el humano en sea esclavo y de la cual fuimos liberados por el acto de la Resurrección de Cristo, pues es Él, quien nos ha liberado para que nos gocemos en una vida en libertad (Gálatas 5:1). Ese pecado que nos hace esclavos, es el que nos impide amarnos los unos a los otros y rompe nuestra relación con Dios.

Para comprender más a fondo de la libertad que estamos hablando Gustavo Gutiérrez (1973) nos dice:

La libertad a la que somos llamados, supone la salida de uno mismo, la quiebra de nuestro egoísmo y de toda la estructura que nos mantenga en él; se basa en la apertura a los otros.

La plenitud de la liberación -don gratuito de Cristo- es la Comunión con Dios y con los demás hombres. (p. 67)

La libertad dentro del texto: Teología de la Liberación de Gustavo Gutiérrez (1967) se plantea en tres dimensiones que no están separadas por un orden cronológico, sino, más bien van ligadas en el tiempo y el espacio de ser: a) Los deseos de las clases sociales y de los pueblos agobiados en busca de un desarrollo visto como la manifestación más importante del proceso de la liberación, b) Que el hombre asuma su propio destino y en bases a ese trabajo ensanchar los horizontes de la libertad, c) reconocer el proceso de la liberación basándose en las fuentes bíblicas, en la Sagrada Escritura, se nos presenta a Cristo como quién nos concede la libertad, para esto es de vital importancia establecer la relación de amistad y comunión con Dios y toda la humanidad.

Es importante destacar el camino que ha tenido que llevar la Teología de la Liberación y el enorme escenario en el que se ha encontrado por buscar exponer la lucha de los pueblos y la liberación social y espiritual, a esto se suma el debate que tuvo que enfrentar con la creación del CELAM, como institución en el año de 1972 que recibió la plena orden de liberar a sus teólogos y funcionarios que tengan en su corazón y mente rasgos de la naciente teología.

En ciertos momentos, la CELAM ha mostrado cierta apertura y respaldo hacia la Teología de la Liberación, reconociendo su importancia en América Latina. Sin embargo,

también ha habido momentos de tensión y conflictos, especialmente en relación con la postura oficial de la Iglesia.

En general, la correlación entre la CELAM y la Teología de la Liberación ha sido dinámica y ha reflejado la complejidad política y teológica de la región.

Es en este momento en el que la llamada, teología latinoamericana, toma nuevos rumbos y se considera como Teología de la Liberación, se contextualiza en la protección de los pobres y la búsqueda de su libertad, El mismo Gustavo Gutiérrez (2005) da un origen bíblico al término liberación:

Encontrar un lenguaje sobre Dios que surja de la situación creada por la injusticia y la pobreza en que vive la gran mayoría, ya sean razas despreciadas, clases sociales explotadas, culturas marginadas o mujeres que sufren discriminación. Debe ser al mismo tiempo un discurso alimentado por la esperanza de un pueblo que busca la liberación. En este contexto de sufrimientos y alegrías, de incertidumbre y convicciones, de generosos compromisos y ambigüedades, debe brillar sin descanso nuestra comprensión de la fe [...] la teología de la liberación trata, en comunión eclesial, de ser un lenguaje sobre Dios. (p. 61-62)

Por su parte, Leonardo Boff (2001) asegura que:

La teología no tiene solo a Dios como referencia, sino a todas las cosas si se las considera a la luz de Dios. Por eso su objetivo es absolutamente todo, desde la búsqueda de la serenidad personal, pasando por la liberación económica y social de los pobres y excluidos. (p. 174)

De esta forma mencionamos que el hombre, bendecido por Jesucristo que asume la misma naturaleza humana, con sus debilidades y fortalezas, nos da la pauta para sustentar que la

Encarnación de Jesucristo es la fuente y la razón de ser de la Teología de la Liberación, que busca rescatar al individuo de la pobreza y la liberación de su cuerpo y espíritu.

Esta es la relación entre la Encarnación de Jesucristo y la Teología de la Liberación, para poder llegar a la terminación de que la Teología de la Liberación no se aleja de la realidad doctrinal de la Iglesia, sino que la hace suya para darle una dinámica de desarrollo social dentro del contexto latinoamericano.

El posicionamiento público del Magisterio de la Iglesia sobre la Teología de la Liberación ha sido variado y ha evolucionado con el tiempo. En 1984, la Congregación para la Doctrina de la Fe, entonces liderada por el Cardenal Joseph Ratzinger (futuro Papa Benedicto XVI), emitió un documento titulado “*Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación*” Aunque esta instrucción no condenaba la Teología de la Liberación en su conjunto, sí llamaba a una revisión y corrección de ciertos aspectos para asegurar su coherencia con la enseñanza de la Iglesia. Desde entonces, ha habido diálogos y debates continuos en de la Iglesia sobre la Teología de la Liberación, con algunas figuras prominentes defendiendo su relevancia y otras expresando reservas sobre ciertos aspectos de su enfoque.

A lo largo de los años, el Magisterio de la Iglesia ha manifestado tanto apoyo como críticas hacia la Teología de la Liberación, afirmando que esta corriente debe ser analizada a partir de la doctrina de la Iglesia.

Durante su pontificado, el Papa Juan Pablo II adoptó una postura crítica hacia esta teología. Aunque reconoció las preocupaciones válidas en torno a la justicia social y la lucha contra la pobreza, también expresó inquietudes sobre los posibles riesgos de politización y secularización asociados con la Teología de la Liberación.

En 1984, el Papa Juan Pablo II, en línea con la Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, emitió una carta apostólica titulada *Redemptor Hominis*, en la que abordaba las preocupaciones sobre ciertos enfoques de la Teología de la Liberación. En esta carta, el Papa Juan Pablo II afirmó que la liberación auténtica solo puede venir a través de Cristo, y advirtió contra la tentación de politizar la fe cristiana y de adoptar enfoques materialistas o reduccionistas.

Además, durante su pontificado, Juan Pablo II se congregó con teólogos y líderes de la Teología de la Liberación para dialogar y tratar sus inquietudes mutuas. Aunque se mostró crítico con algunos elementos de esta corriente teológica, también reconoció su legítima preocupación por la justicia y su llamado a la solidaridad con los pobres y marginados.

En términos generales, la postura de Juan Pablo II respecto a la Teología de la Liberación fue de precaución y un llamado a mantenerse fiel a la enseñanza de la Iglesia, al mismo tiempo que reconocía la relevancia de la acción social conforme a los principios

2.2. Evolución y actualidad

La Teología de la Liberación, que se originó en 1968 con el surgimiento de discusiones sobre desarrollo y derechos para los campesinos sumidos en la extrema pobreza, se centra en la recuperación de los derechos de los más vulnerables, enfocándose en la libertad de los hombres necesitados, especialmente los pobres de Latinoamérica.

En 1971, Gustavo Gutiérrez introdujo el concepto de Teología de la Liberación con su obra *“Teología de la Liberación, Perspectivas”*. Gutiérrez ofrece una reflexión organizada y sistematizada sobre un conjunto de ideas cruciales. Desde su publicación, este texto marcó el inicio de uno de los movimientos teológicos cristianos más significativos en América Latina.

Es importante destacar el pensamiento de Leonardo Boff (1987) que hace referencia a la liberación como una herramienta para mantener nuestra fe intacta al decir que “cuando hablamos de liberación significamos con esa expresión toda una tendencia y una encarnación concreta de nuestra fe” (p. 387).

Así lo reconocer Pastor Bedolla Villaseñor (2016), “la Teología de la Liberación latinoamericana surgió como un movimiento socio eclesial disruptivo de la ortodoxia católica en la periferia de los centros metropolitanos de la cultura y la producción teológica” (p. 188).

Según Pablo Romo (2006), “Para ubicar a la Teología de la Liberación hay que colocarla en el tiempo y en las circunstancias en las que ha surgido” (p. 2). Podemos ver la importancia del surgimiento de la corriente que tiene como motivación el desarrollo de los pueblos.

En términos generales, Kira Dault (2021) plantea que:

La Teología de la Liberación es un movimiento social y político dentro de la iglesia que intenta interpretar el evangelio de Jesucristo a través de las experiencias vividas por las personas oprimidas. Si bien eso no parece necesariamente que deba ser motivo de controversia en la iglesia, lo ha sido en los 60 años o más que se ha practicado y pensado. (p. 46)

Cuanta verdad existe en este comentario y cuanto de este proceso fortalece la idea de una Teología dedicada a presentar a Jesús como la fuente de la liberación y la eliminación de paredes invisibles pero concretas que marca las clases sociales.

La Teología de la Liberación fundamenta su enfoque en la preferencia por los pobres y la lucha contra la opresión social y el pecado, considerando a Dios como la fuente de vida. De esta manera, busca reflejar el vínculo entre el ser humano y Dios a través de la resurrección de Jesús, así como su relación con la humanidad que lo rodea.

Es importante destacar que esta corriente alcanzó su máximo desarrollo en el contexto de las llamadas comunidades eclesiales base², donde se analiza la realidad de las comunidades, para encontrar una solución a esta realidad que se sustenta en la lectura de la Biblia comunitaria en territorio, donde lo que se busca es resaltar la historia de la comunidad y lo que la iglesia ha podido aportar a esos procesos históricos de crecimiento.

Este proceso teológico se enmarca por la meditación del contexto social donde la comunidad se crea, para erradicar la dependencia, y acogerse a la liberación como una alternativa mucho más importante para el ser.

En palabras de Daniel Turriago (2018):

La teología de la liberación incluye el análisis marxista como manera de conocer la realidad que conduce a la acción política y social. Utiliza la mediación hermenéutica y el estudio contextual de la Biblia en comunidad. Su método se fundamenta en el propuesto por la Acción Católica: ver, juzgar y actuar. Asimismo, esta teología pretende ser un lenguaje sobre Dios, un esfuerzo por hacer presente la Palabra de Vida en el mundo de opresión, injusticia y muerte. Se basa en una teología bíblico-profética y pastoral, más que en una doctrinal, sistemática, sapiencial, narrativa y espiritualista. (p. 155)

Dentro de este proceso cabe resaltar la realidad que Latinoamérica vivía en los años 70, donde surgieron algunos movimientos de liberación social, por citar algunos, está el Frente Sandinista en el Salvador, la idea era fortalecer la opción por los pobres para concientizar una sociedad que se asemejara la propuesta del Reino de Dios, donde la justicia social y el respeto a

² Según SS. Pablo VI (1975) las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) “surgen y se desarrollan en el interior de la Iglesia, permaneciendo solidarias con su vida, alimentadas con sus enseñanzas, unidas a sus pastores. Nacen de la necesidad de vivir todavía con más intensidad la vida de la Iglesia o del deseo de una dimensión más humana que difícilmente pueden ofrecer la comunidad eclesial” (EN. 58). SS. Pablo VI. (1965), *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi*. Vaticana.

los derechos humanos sean la bandera que lidere esta liberación, sin embargo, para fortalecer la idea de que esto es visto como una simple utopía, se dio paso a los gobiernos dictatoriales en casi toda Latinoamérica: Brasil en el año de 1964, Bolivia en el año de 1971, Uruguay en el año de 1973, Chile en el mismo año, dos años más tarde en 1975 en Perú, Argentina en el año de 1976, y Ecuador en años de 1976 con el denominado Consejo Supremo de Gobierno que reemplazo a la dictadura del Gral. Guillermo Rodríguez Lara, Ecuador se sumergía en otra dictadura.

Es en este contexto que algunos representantes de la iglesia y obispos de cada uno de estos países comienza una lucha por la defensa de los derechos humanos en territorio, algunos de ellos en esta lucha llegaron a perder sus vidas como es el caso de Mons. Oscar Arnulfo Romero en El Salvador, otros por su parte lucharon para que su voz sea escuchada entre ellos resaltan Mons. Hélder Cámara y Antonio Fragoso en Brasil, y en nuestro País, Mons. Leónidas Proaño que lucharon por la defensa de los que no tenía poder, ni toma de decisión.

En el contexto latinoamericano, estas personas se transforman en un referente clave para promover y consolidar la Teología de la Liberación. Mons. Oscar Arnulfo Romero en su homilía (1979) decía:

Me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres y decir a todo el pueblo, gobernantes, ricos y poderosos: si no se hacen pobres, si no se interesan por la pobreza de nuestro pueblo como si fuera su propia familia, no podrán salvar a la sociedad. (p.79)

La Teología de la Liberación resultaba incómoda para ciertos sectores de la Iglesia y de la sociedad en general por varias razones:

Desafío al status quo: La Teología de la Liberación cuestionaba las estructuras de poder establecidas, tanto en la sociedad como en la Iglesia. Al enfocarse en la lucha contra la opresión y el impulso de la justicia social, desafiaba las estructuras de privilegio y dominación existentes, lo que generaba resistencia por parte de quienes se beneficiaban de esas estructuras.

Vínculo con la política: Algunos críticos argumentaban que la Teología de la Liberación se involucraba demasiado en asuntos políticos, mezclando la praxis teológica con la praxis política. Esto generaba preocupaciones sobre la neutralidad política de la Iglesia y sobre la participación de los guías religiosos en asuntos seculares.

Interpretación marxista: En ciertos casos, se acusaba a la Teología de la Liberación de adoptar una interpretación marxista de la fe, lo que generaba tensiones con la ortodoxia católica. Algunos líderes eclesiásticos veían esta interpretación como incompatible con la doctrina tradicional de la Iglesia.

Amenaza a la autoridad eclesiástica: La Teología de la Liberación promovía la participación activa de los laicos en la vida de la Iglesia y cuestionaba la autoridad jerárquica tradicional. Esto generaba preocupaciones sobre la pérdida de control por parte de la jerarquía eclesiástica y la centralización del poder en manos del pueblo.

La Teología de la Liberación resultaba incómoda porque desafiaba las estructuras de poder establecidas, mezclaba la religión con la política, adoptaba interpretaciones consideradas heterodoxas y amenazaba la autoridad eclesiástica tradicional.

El proceso más difícil que tuvo que afrontar la Teología de la Liberación y sus adeptos fue en el año 1972 cuando en Sucre (Bolivia) El Consejo Episcopal CELAM eligió como su secretario a Mons. Alfonso López Trujillo, él será quien inicie un proceso de purgación en contra de los teólogos de la liberación, esto se da en un escenario de luchas sociales, por su parte el

Santo Padre Pablo VI, en la publicación de su Carta Encíclica *Rerum Novarum* en 1971, dejaba notar su interés por el gran impacto que generaba la naciente Teología de la Liberación.

Ya para los años 80, en Latinoamérica se comienza a restaurar la paz mediante gobiernos civiles, sin embargo, esto marcó otro acotamiento que genera pobreza en el territorio, los países latinoamericanos, en su mayoría, se enfrentan al gran fenómeno generado por los sobre endeudamientos, que hasta la actualidad para muchos países esta no ha disminuido, sino al contrario, han ido crecido desmedidamente.

En 1980 el mundo se extrémese por el asesinato de Mons. Oscar Arnulfo Romero, a consecuencia de sus discursos y homilías, en contra de los gobiernos que seguían generando destrucción y pobreza especialmente en el Salvador, a lo mejor su lucha no estaba fuera de los estándares del Evangelio, pues su causa fue noble por la defensa de los pueblos oprimidos en búsqueda de la libertad, en reconocimiento a su sacrificio y de tanto amar a sus hermanos a tal punto de dar hasta su vida, Mons. Romero fue beatificado el 23 de mayo de 2015 y su Canonización se llevó a cabo el 14 de octubre de 2018, por el Santo Padre Francisco.

Aunque Gustavo Gutiérrez no fue sancionado específicamente, algunos de sus compañeros teólogos sí enfrentaron censuras y restricciones por parte de la jerarquía eclesiástica debido a estas preocupaciones. La razón principal detrás de estas sanciones fue el temor de que la Teología de la Liberación, en su representación más esencial, pudiera desviarse de la ortodoxia católica y promover una agenda política que desafiara la autoridad de la Iglesia.

No obstante, es fundamental señalar que, con el tiempo, la posición de la Iglesia respecto a la Teología de la Liberación ha sido más matizada y ha cambiado. Diversos elementos de esta teología, como su enfoque en la justicia social y la preferencia por los pobres, han sido reconocidos y apoyados por la Iglesia.

El silencio interpuesto a Leonardo Boff durante el año de 1985, es levantado al siguiente año, esto da pie a que la Teología de la Liberación siga su marcha, por medio de texto y publicaciones que fortalecían la idea de ser un pueblo libre y capaz de amar a Dios, pero también de luchar contra las injusticias.

En 1984 la Congregación para la Doctrina de la fe, hace pública la Instrucción *Libertatis Nuntius* sobre algunos temas de la Teología de la Liberación, en su contenido se tilda a dicha corriente teológica de tener un tinte marxista, sobre esto menciona:

Recordemos que el ateísmo y la negación de la persona humana, de su libertad y de sus derechos, están en el centro de la concepción marxista. Esta contiene pues errores que amenazan directamente las verdades de la fe sobre el destino eterno de las personas. Aún más, querer integrar en la teología un «análisis» cuyos criterios de interpretación dependen de esta concepción atea, es encerrarse en ruinosas contradicciones. El desconocimiento de la naturaleza espiritual de la persona conduce a subordinarla totalmente a la colectividad y, por tanto, a negar los principios de una vida social y política conforme con la dignidad humana. (LN. 9)

La Teología de la Liberación, representa un pensamiento religioso que puede usar conceptos similares a los marxistas con lo que respecta a las luchas sociales, sin embargo, es importante destacar que el proceso de libertad no se enfrasca solamente a lo corporal y a la eliminación de capataces opresores, pues contiene un tinte espiritual, el ser humano debe liberarse de las ataduras del pecado para tener paz interna que lo sostengan para el desarrollo social, que conlleva una conversión espiritual, Gustavo Gutiérrez (2007) dice:

La conversión es el punto de partida de todo camino espiritual, ella implica una ruptura con la vida llevada hasta el momento; es la condición para entrar en el Reino: se ha

cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios, conviértanse y crean en el Evangelio (Mc 1, 15). Pero también supone, y exigentemente, decidirse a emprender una nueva senda. (p. 127-128)

Solo partiendo de este punto comprenderemos que la Teología de la Liberación se presenta también como un sumario espiritual de emancipación del ser humano en su plenitud, por tanto, es transcendental que el ser humano conciba que el pecado es una de las principales formas de eliminar la libertad, Gustavo Gutiérrez (2007), aclara esto:

En nuestra relación con Dios y con los demás hay una dimensión personal ineludible. Rechazar al otro – posibilidad implicada en nuestra libertad – significa en última instancia rechazar a Dios mismo. Toda conversión supone por eso el reconocimiento de la presencia del pecado en nuestras vidas y en el mundo en que nos encontramos. (p. 129-130)

Después de tanto tiempo del surgimiento de la Teología de la Liberación, se vislumbra como una nueva manera de hablar de teología, que no es un reflejo de occidente, sino una teología que se centra en el territorio y que parte de la realidad del hombre latinoamericano, de sus luchas internas y externas por conseguir una liberación de los entes opresores y de la pobreza social, lo más interesante es la realización de la propuesta de unir al pobre con el Cristo, es en este sentido que la Teología de la Liberación encuentra su espiritualidad, para perpetuamente ubicar a Cristo en centro de su evangelización.

La Teología de la Liberación parte de un pueblo que, a pesar de su pobreza, es profundamente religioso, que ama servir a Dios y entablar una relación propia del ser latinoamericano, una relación que se convierte en amor por el Creador, y que tiene la capacidad de reflexionar sobre su propia fe y el compromiso de la búsqueda de su libertad.

Ahora contemplamos la revelación de Dios a través de la escucha del dolor y el clamor de los pueblos oprimidos. Es en este contexto que la Encarnación cobra un significado profundo: como respuesta al sufrimiento y la angustia, Dios se hace carne para liberar a su pueblo de la sumisión y llevarlo hacia una heredad de liberación y vida. Este proceso fortalece la Teología de la Liberación, con su opción preferencial por los pobres. Es importante destacar que la Teología de la Liberación no nació de la nada; más bien, se desarrolló a lo largo de la vivencia cotidiana, como respuesta concreta a las realidades de opresión y marginalización experimentadas por millones de personas en América Latina.

Es importante señalar que, a lo largo del tiempo, la Teología de la Liberación ha logrado expandirse considerablemente en Latinoamérica. En Argentina, junto a Juan Carlos Scannone, esta corriente se fortalece y adopta el nombre de teología del pueblo, que se considera una propuesta no marxista dentro del contexto de la filosofía y teología de la liberación de los años setenta. Hoy en día, la teología del pueblo es una de las corrientes teológicas más influyentes dentro de la Iglesia Católica.

La teología del pueblo adoptaba un enfoque histórico-cultural, distinto al análisis social marxista, sin rechazar por completo el estudio de las estructuras sociales. Su método se basaba en el ciclo de "ver, juzgar y actuar". Se enfocaba en la observación de las realidades concretas de los pueblos, sus luchas y sufrimientos, para luego interpretar, a partir de la fe, las raíces y el significado de esos contextos. El mismo Gustavo Gutiérrez considera esa teología como una corriente con características propias dentro de la Teología de la Liberación.

Por su surgimiento en época, la Teología de la Liberación es considerada moderna, pues su aparición se dio en un escenario de lucha y búsqueda de desarrollo de la humanidad, que abarca no solo a un grupo, sino, a la humanidad entera, intentando aportar a la transformación de

la historia y mirar al futuro como un todo para una sociedad más justa y libre. Sergio Silva (2009) nos dice:

Esto lleva a la Teología de la Liberación como de la mano al tema de los pobres, ya no sólo como destinatarios de una preocupación sólo caritativa y moralizante, como había sido desde siempre en la Iglesia, sino en cuanto actores de la historia, lo que implica que deben llegar a ser sujetos. De aquí las dos vertientes “modernas” de la preocupación por los pobres: una, que busca promoverlos para que se integren individualmente en la sociedad moderna; la otra, que busca que lleguen a ser sujetos colectivos de una transformación radical de la sociedad actual. (p. 105)

La teología de la liberación busca establecerse como una opción para los pobres y oprimidos, sin alegarse de la teología tradición eclesial, sino que busca ser parte de la realidad más cercana al hombre latinoamericano, Sergio Silva (2009) dice a respecto de esto:

La Teología de la Liberación puede ser vista como una teología fundamental práctica, es decir, como una teología que reflexiona sobre la praxis cristiana que puede hacer creíble el cristianismo. No se trata obviamente ni de convertir a la teología en una praxis de liberación ni de dar simplemente recetas para la acción liberadora; se trata de una reflexión teológica sobre las condiciones de una praxis liberadora en la circunstancia de América Latina. (p. 106)

Es por esto que esta investigación busca demostrar que tanto el Magisterio con la Doctrina de la Encarnación y la Teología de la Liberación con la opción por los pobres y la liberación, tiene puntos de referencia que son vitales para el territorio latinoamericano como son el Evangelio y la Justicia Social, tal y como lo refiere la Sagrada Escritura “Busca primero el Reino de Dios y su justicia y todas estas cosas serán dadas por añadidura” (Mateo 6:33).

Capítulo III

Cristo Encarnado en Latinoamérica.

Para abordar el desafío del diálogo de la Encarnación y la Teología de la Liberación en la teología latinoamericana, es fundamental reconocer el valioso aporte de religiosos, religiosas, laicos y personas de fe, porque su compromiso con la aplicación práctica del Evangelio de Jesucristo sustentada en la recta Doctrina de la Iglesia para preservar la veracidad al mensaje de Cristo y para guiar a los fieles hacia la plenitud de la verdad revelada ha marcado un punto de diferencia en nuestra región, especialmente a través de la Teología de la Liberación en el siglo XX.

Los religiosos son fundamentales en el progreso de la Teología de la Liberación por varias razones clave. En primer lugar, su compromiso con la aplicación práctica del Evangelio de Jesucristo en contextos de injusticia social y marginalización ha sido crucial. Ellos han sido testigos directos de las realidades de su comunidad y han interpretado el mensaje cristiano desde la figura de los pobres y oprimidos, buscando transformar estructuras sociales injustas.

Además, los religiosos aportan una dedicación y entrega que va más allá de lo teórico, implicándose directamente en la vida de las comunidades marginadas, promoviendo la dignidad humana, la justicia social y la solidaridad. Su presencia y acción han sido un testimonio viviente de los principios de la Teología de la Liberación, inspirando a los laicos a involucrarse activamente en la lucha por la justicia y la liberación integral.

En este contexto, nos planteamos una pregunta crucial: ¿Cómo se contempla la Encarnación de Jesucristo desde la Teología de la Liberación en el contexto latinoamericano? Este enfoque nos invita a reflexionar sobre la conexión entre la encarnación de Cristo y las

realidades sociales, económicas y políticas de nuestra región, ofreciendo una perspectiva teológica única y relevante para nuestro contexto.

Surge un inconveniente cuando el hombre desea ser libre por medio de sus propias fuerzas, sin tomar en cuenta que es el Padre Dios quien lo libera a través de su Hijo. Esto debe quedar claro, tal como lo refiere la Carta Encíclica *Redemptor Hominis* de San Juan Pablo II (1979):

El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo —no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes— debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe “apropiarse” y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. (RH. 10)

En otras palabras, es fundamental volver a Dios para entender completamente el significado de la Encarnación en el contexto latinoamericano. Esto es especialmente importante para identificar el nexo entre el amor de Dios, manifestado en el misterio de la Encarnación, y el desarrollo de la opción preferencial por los pobres, un principio evangélico que enriquece la Teología de la Liberación. Para ello, debemos considerar el valioso aporte del Magisterio, particularmente en un documento de gran relevancia para esta investigación: *Libertatis Nuntius*, del Cardenal Ratzinger (1984). En este texto, entre otras enseñanzas, se establecen “los tres pilares sobre los cuales debe basarse una Teología de la Liberación auténtica: la verdad sobre Jesucristo, la verdad sobre la Iglesia y la verdad sobre el hombre” (LN. 8).

Este capítulo se centrará en un análisis profundo de cómo la Encarnación de Jesucristo es contemplada y aplicada dentro del proceso de la Teología de la Liberación en el contexto

latinoamericano. Se explorará cómo la Encarnación, como el centro de la fe, fortalece el contexto de las luchas, desafíos sociales, desarrollo comunitario, fortalecimiento del pensamiento en América Latina, entre otros.

Se examinarán las diversas interpretaciones y aplicaciones de la Encarnación en la Teología de la Liberación, considerando su impacto en la comprensión y práctica de la fe en la región. Además, se analizará el sentido teológico y doctrinal de la unión entre la Encarnación de Cristo y la lucha por la liberación de los oprimidos, destacando cómo esta unión da forma a la práctica teológica y pastoral en América Latina.

3.1. Encarnación y Teología de la Liberación

La Encarnación es profundamente coherente con la misión de la Iglesia y su papel en el camino de la salvación, tal como lo indica el Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* (1964):

Mas como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia está destinada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. Cristo Jesús, existiendo en la forma de Dios, se anonado a sí mismo, tomando la forma de siervo (Flp 2,6-7) y por nosotros se hizo pobre, siendo rico (2 Cor. 8,9); así la Iglesia, aunque necesite de medio humanos para cumplir su misión, no está constituida para buscar la gloria de este mundo, sino para predicar la humildad y la abnegación también como su ejemplo. (LG. 8)

Este enunciado representa claramente el punto de partida de la salvación, el anuncio del Reino y la liberación del pecado que nos esclaviza. A pesar del dolor y el sufrimiento que experimentan nuestros pueblos en Latinoamérica, la fe sigue latente y viva. Muchos de sus exponentes se han convertido en mártires y profetas, como señala Dussel (1992):

El profeta debe ser pobre, para ser libre con respecto a las estructuras de la violencia como opresión; debe ser sabio, para abarcar cuanto sea posible la amplitud profunda del pecado de la opresión; debe ser arrojado, para no temer ser violento; debe ser vivaz, para mostrar auténticamente lo que descubre y que los opresores quieren encubrir; debe estar dispuesto a morir, porque la vida y la liberación crece y es regada con la sangre de los mártires. (p. 281)

La relación entre la Encarnación y la Teología de la Liberación es fundamental en el contexto latinoamericano. La Encarnación, como el misterio central de la fe, representa la manifestación de Dios en la humanidad a través de Cristo.

La Teología de la Liberación, abraza el misterio de la Encarnación como base para su reflexión teológica y su acción social, argumenta que la Encarnación implica una solidaridad radical de Dios con los pobres, y que, por lo tanto, la tarea de la Iglesia es trabajar por la liberación completa de todas las personas, especialmente de aquellos que sufren injusticias económicas, políticas y sociales; desde esta perspectiva, la Encarnación impulsa a la labor de transformar al pueblo, inspirando a los cristianos a comprometerse con la Justicia Social, la equidad y la dignidad humana. La Teología de la Liberación ve en Jesucristo no solo un salvador espiritual, sino también un liberador de las estructuras de opresión y explotación de la sociedad tal y como lo deja ver Gustavo Gutiérrez (1979):

Esos cristianos, campesinos, obreros, sacerdotes, obispos, estudiantes, religiosas, no son encarcelados, torturados, asesinados por sus “ideas religiosas”, sino por su práctica social y evangelizadora. Son perseguidos porque desde su fe en el Dios liberador denuncian las injusticias contra los pobres. (p. 152)

La unión entre la Encarnación y la Teología de la Liberación enfatiza la importancia de la Encarnación de Dios en Jesús como modelo de compromiso con los pobres y como base para la lucha por la justicia y la liberación en América Latina y en todo el mundo.

La correlación entre la Encarnación y la Teología de la Liberación puede entenderse a través de varios argumentos:

Encarnación como solidaridad de Dios con los pobres: La Encarnación de Jesucristo representa el acto supremo de Dios solidarizándose con la humanidad, haciéndose uno de nosotros para redimirnos y liberarnos del pecado. Esta solidaridad es puesta en práctica por la Teología de la Liberación, que enfatiza la opción preferencial por los pobres y marginados. Así, la Encarnación inspira a los teólogos de la liberación a ver en los oprimidos la presencia viva de Cristo y a luchar por su liberación integral.

Compromiso con la justicia social y la liberación: La Encarnación impulsa a la acción social y la búsqueda de justicia como respuesta al llamado evangélico de amar al prójimo como a uno mismo, por el valor de ser hijos de Dios y parte de su Creación. La Teología de la Liberación interpreta este mandato en el contexto de la lucha contra las estructuras de injusticia que eternizan la pobreza y la opresión. Jesucristo, al hacerse carne, elevó la dignidad humana y llamó a sus seguidores a hacer lo mismo, promoviendo la igualdad y la dignidad de todos los seres humanos.

Liberación integral como expresión del Reino de Dios: La Encarnación proclama la llegada del Reino de Dios, que abarca no solo la salvación espiritual, sino también la liberación de todas las formas de opresión y la recuperación plena de la dignidad humana. La Teología de la Liberación se esfuerza por concretar este Reino en la historia, buscando transformar las estructuras injustas que mantienen la pobreza, la exclusión y la marginación.

Promoción de la opción preferencial por los pobres: La Encarnación fomenta una preferencia por los pobres, fundamentada en el ejemplo y las enseñanzas de Jesucristo. Esta preferencia es fundamental en la Teología de la Liberación, que sostiene que la misión de la Iglesia debe incluir la promoción de la justicia social y la protección de los derechos humanos, en particular de aquellos que se encuentran en situaciones más vulnerables.

En conjunto, estos argumentos muestran cómo la Encarnación de Cristo y la Teología de la Liberación están intrínsecamente relacionadas, compartiendo un enfoque común en la promoción de la dignidad humana, la justicia social y la solidaridad con los marginados, todos fundamentados en el mensaje evangélico de Jesucristo encarnado.

3.2. Definiciones del Magisterio

3.2.1 Encarnación

Es importante poder comprender cada una de las definiciones que nos presenta el Magisterio de la Iglesia, tanto de la Encarnación como de la Teología de la Liberación, para precisar el aporte que esta investigación pretende socializar y comprender el valor que contiene. La Encarnación es una fuente de amor y como el cumplimiento de la promesa de Dios hecha en su Hijo, una declaración importante del Magisterio de la Iglesia sobre la Encarnación se encuentra en el Catecismo de la Iglesia Católica: “El misterio de la Encarnación es inseparablemente unión hipostática del Verbo y de la humanidad en la única persona del Hijo de Dios” (núm. 483).

Santo Tomás de Aquino, en la obra “*Summa Theologica*” (cfr. Tercera Parte, cuestión 1, artículo 1), aborda el misterio de la Encarnación desde diversas perspectivas teológicas y filosóficas. Algunas de las ideas principales que presenta son de gran relevancia para esta investigación.

Necesidad de la Encarnación: Tomás de Aquino argumenta que la Encarnación fue necesaria para la salvación. Según su teología, el pecado original había corrompido la naturaleza humana, y solo Dios encarnado podía restaurarla.

Unión de lo divino y lo humano: Él afirma que, en la Encarnación, lo divino y lo humano se unieron en la persona de Jesucristo de una manera singular e inseparable. Esta unión hipostática es un misterio que supera la comprensión humana.

Propósito de la Encarnación: De acuerdo con Santo Tomás, Jesucristo llegó al mundo con el propósito de redimir a la humanidad del pecado y reconciliarla con Dios. Mediante su vida, muerte y resurrección, Jesús restableció la relación entre Dios y los seres humanos, abriendo así la puerta hacia la salvación.

Santo Tomás de Aquino proporciona una reflexión teológica profunda sobre la Encarnación, subrayando su relevancia fundamental en la fe cristiana y su significado para la salvación de la humanidad.

El Magisterio de la Iglesia en su infinita sabiduría aporta aún más sobre el misterio de la Encarnación con la Constitución Dogmática *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II. En ella se afirma:

El Hijo único de Dios, que es su Palabra eterna, el Padre al pronunciarla todo lo hace, fuera del tiempo y del espacio, con amor eterno. Es por eso que, al revelarse a sí mismo y al revelar el misterio del Padre y de su amor, habla a los hombres como amigos y convive con ellos para invitarlos a comunicarse con Él y recibirlo en su propia vida. (DV. 2)

Esta manifestación destaca la idea de que la Encarnación no es solo un acto divino en el pasado, sino un continuo acto de amor de Dios hacia los hombres. Además, enfatiza que, en la Encarnación, Dios se revela a sí mismo a los seres humanos, no como un juez distante, sino

como un amigo que busca la comunión con ellos. Este entendimiento de la Encarnación refuerza la importancia de la relación personal entre Dios y cada individuo, invitándonos a acoger a Jesucristo en nuestras vidas como amigo y salvador.

El Magisterio de la Iglesia ha abordado la Encarnación en varias ocasiones a lo largo de la historia. Esta doctrina fundamental es central en la fe y ha sido reafirmada en numerosos documentos magisteriales. Algunos de los aspectos principales que el Magisterio ha enseñado sobre la Encarnación incluyen:

El Credo Niceno-Constantinopolitano: Este credo, se recita en la liturgia de la Iglesia Católica durante la Misa, afirma la creencia en Jesucristo como “Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho”.

Concilio de Nicea (325 d.C.)³: Este concilio fue convocado para tratar las disputas teológicas de la época, incluyendo la naturaleza de Jesucristo. El concilio reafirmó la doctrina de que Jesucristo es de la misma esencia (consustancial) que el Padre, desestimando las herejías que cuestionaban su divinidad.

Concilio de Calcedonia (451 d.C.): Este concilio definió la doctrina de las dos naturalezas de Cristo, divina y humana, en una sola persona. Esta enseñanza es conocida como la doctrina de la “hipóstasis única” o “unión hipostática”.

Concilio de Trento (1545-1563): El Concilio de Trento no abordó directamente la doctrina de la Encarnación, pero reafirmó la importancia de la fe en Cristo como el fundamento de la salvación y la necesidad de los sacramentos para la gracia divina, reafirmando y clarificando la Doctrina sobre la Eucaristía, destacando la presencia real de Cristo y el misterio de la transustanciación como fundamentos centrales de la fe en relación con este sacramento.

³ La información de los Concilios se tomó de: Historia de los Concilios Ecuménicos. (1993). Sígueme.

Concilio Vaticano II (1962-1965): Este concilio enfatizó la centralidad de Cristo en la fe y su papel como el mediador único y universal entre Dios y la humanidad. También destacó la importancia de la Encarnación en la comprensión de la dignidad humana y la redención.

Estos son solo algunos ejemplos de cómo el Magisterio de la Iglesia ha enseñado y reafirmado la doctrina de la Encarnación a lo largo de los siglos.

La Encarnación se refiere al momento en que Dios tomó forma humana en la persona de Jesucristo. Este concepto se fundamenta en las enseñanzas del Nuevo Testamento, particularmente en los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, que narran el nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de Jesús.

Desde el punto de vista teológico, la Encarnación es un misterio que desafía la comprensión humana. En Jesucristo, vemos la unión perfecta entre lo divino y lo humano, dos naturalezas distintas que coexisten en una sola persona. Esta unión hipostática es fundamental para la fe cristiana, ya que revela el amor de Dios por la humanidad y su deseo de reconciliarla consigo misma.

La Encarnación tiene profundas implicaciones teológicas para la comprensión de la naturaleza de Dios y la relación entre Dios y la humanidad. En Jesucristo, vemos a Dios revelándose a sí mismo de una manera única y definitiva. Jesús es la imagen visible del Dios invisible, el rostro humano de la divinidad.

Además, la Encarnación también revela la misericordia de Dios hacia la humanidad. En Jesucristo, percibimos a un Dios que no está ajeno al sufrimiento humano, sino que lo experimenta en carne propia. Jesús comparte nuestras alegrías y nuestras penas, nuestras esperanzas y nuestros miedos (Juan 11:28-35), y muestra el camino hacia la vida abundante y eterna que nos recuerda que el amor de Dios es encarnado, que se manifiesta en la acción

concreta en favor de los demás. Jesús no solo vino a salvarnos, sino también a enseñarnos cómo vivir de manera plena y abundante (Juan 13:34-36). Su vida, su muerte y su resurrección son un testimonio del poder transformador del amor de Dios.

En Jesucristo, sentimos la promesa de la salvación y la vida nueva. Su resurrección nos asegura que la muerte no tiene la última voz, que el amor de Dios es más poderoso que el pecado y el sufrimiento, y que un día seremos restaurados a la totalidad de la vida en el Reino de Dios y su Encarnación un misterio profundo y transformador que revela el amor y la gracia de Dios hacia la humanidad. En el Hijo, vemos a Dios hecho carne, compartiendo nuestra vida y nuestra historia, y mostrándonos el camino hacia la plenitud de la vida. La Encarnación como base de la fe cristiana, es el cimiento de nuestra esperanza. Que podamos contemplar este misterio con asombro y gratitud, y vivir en respuesta a su llamado al amor y la solidaridad con todos nuestros hermanos y hermanas en la humanidad.

3.2.2 Teología de la Liberación

La Teología de la Liberación fue un tema complejo en la Iglesia y su evaluación por parte del Magisterio ha sido variada a lo largo del tiempo. El Magisterio de la Iglesia ha expuesto una actitud de discernimiento hacia la Teología de la Liberación, reconociendo tanto sus aspectos positivos como las preocupaciones y desviaciones que pueden surgir en su aplicación todo con el fin de que su interpretación y enseñanza, este siempre acorde a la sana Doctrina.

Documentos del Vaticano II: Aunque el Concilio Vaticano II no trató directamente la Teología de la Liberación, varios de sus documentos subrayan la obligación de la Iglesia de fomentar la justicia social y la preferencia por los pobres. Estos temas son fundamentales en la Teología de la Liberación.

Congregación para la Doctrina de la Fe: A lo largo de las décadas, la Congregación para la Doctrina de la Fe ha emitido varias declaraciones y documentos que han abordado aspectos de la Teología de la Liberación. En 1984, la Congregación emitió una *Libertatis Nuntius*: Instrucción sobre algunos aspectos de la “Teología de la Liberación”, que expresaba preocupaciones sobre ciertas interpretaciones de la teología de la liberación que podrían conducir a una politización excesiva de la fe y a la adopción de métodos de análisis social y económico, el documento señalaba que, si bien la Iglesia apoya la lucha contra la pobreza y la promoción de la justicia social, rechaza la asimilación acrítica de ideologías no cristianas, incluyendo el marxismo.

Sumos Pontífices: Varios Papas han tenido diferentes perspectivas sobre la teología de la liberación. El Papa Francisco ha mostrado aprecio por los elementos más genuinos y auténticos de esta corriente, destacando su llamado a la justicia social y su preocupación por los pobres. No obstante, no ha publicado ninguna encíclica que trate de manera explícita la Teología de la Liberación. Sin embargo, en sus escritos y discursos, ha mostrado apoyo hacia ciertos aspectos de esta teología, especialmente en relación con su enfoque en la justicia social y la preferencia por los pobres. El Papa Francisco ha abordado cuestiones de justicia social, pobreza y solidaridad en varias de sus encíclicas y documentos, como “*Laudato Si*”, que se centra en el cuidado de la creación y la ecología integral, y “*Evangelii Gaudium*”, que trata sobre la alegría del Evangelio y la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Aunque estos documentos no mencionan directamente la Teología de la Liberación, abordan temas y preocupaciones similares.

El Magisterio de la Iglesia no ha emitido un juicio definitivo sobre la Teología de la Liberación en su totalidad, sino que ha ofrecido una evaluación matizada que reconoce tanto sus contribuciones positivas como las posibles preocupaciones doctrinales y prácticas.

El Magisterio de la Iglesia ha enfrentado varios desafíos en relación con la Teología de la Liberación, pero siempre con el objetivo de mejorar el proceso de evangelización, partiendo del respeto a la autoridad en cuatro áreas clave:

Documentos Magisteriales: A lo largo de los años, el Magisterio de la Iglesia ha emitido varios documentos relacionados con la Teología de la Liberación. Estos documentos incluyen la ya mencionada *Libertatis nuntius*, así como comentarios y observaciones hechas por varios papas y congregaciones eclesásticas.

Diálogo y Discernimiento: A pesar de las preocupaciones expresadas por el Magisterio sobre ciertos aspectos de la teología de la liberación, ha habido un intento de diálogo y discernimiento entre los teólogos de la liberación y las autoridades de la Iglesia. Algunos teólogos han buscado clarificar sus posiciones y responder a las preocupaciones planteadas por el Magisterio, mientras que las autoridades de la Iglesia han tratado de comprender mejor las preocupaciones sociales y espirituales que motivan la teología de la liberación (*Laborem Exercens*, 1981).

Desarrollos Posteriores: Con el tiempo, ha habido un mayor entendimiento mutuo y un reconocimiento de que tanto el Magisterio como la teología de la liberación pueden hacer importantes contribuciones al pensamiento y la práctica cristianos en el ámbito de la justicia social. Aunque persisten diferencias y desacuerdos en algunos temas, ha habido esfuerzos por encontrar puntos de encuentro y colaboración en áreas de interés común.

La relación entre el Magisterio de la Iglesia y la Teología de la Liberación ha sido compleja y a veces conflictiva, pero también ha habido un intento de diálogo y comprensión mutua en aras de promover la justicia social y el bien común.

3.3. Práctica y actualidad

En la actualidad, la Encarnación sigue siendo relevante para la reflexión teológica y la experiencia cristiana en un mundo marcado por la desigualdad, la injusticia y el sufrimiento humano.

La Teología de la Liberación sigue desafiando a la Iglesia y a la sociedad en su conjunto a involucrarse en la lucha por la justicia y la solidaridad con los más necesitados. En un mundo caracterizado por la desigualdad económica, la discriminación racial, la opresión política y otras formas de injusticia, esta teología nos invita a seguir el ejemplo de Jesucristo. Sin embargo, es importante considerar que en ocasiones, esta Teología ha presentado argumentos que la politizan. La politización de la Teología de la Liberación surgió de una combinación de factores históricos, sociales y teológicos, incluyendo el contexto de injusticia y opresión en América Latina, la influencia del marxismo como herramienta de análisis social, el compromiso político de algunos líderes religiosos y las críticas, tanto internas como externas, que se planteaban para un manejo y dirección adecuados dentro de la doctrina, la cual respetaba la idea de que la Teología de la Liberación debía identificarse plenamente con los pobres y marginados.

La Encarnación y la Teología de la Liberación se entrelazan en diversos momentos sociales de evangelización que buscan transformar las estructuras de poder y promover una mayor equidad y dignidad para todos los seres humanos. Desde la protección de los derechos de los migrantes y refugiados hasta la disputa contra el racismo y la discriminación, la Encarnación y la Teología de la Liberación siguen inspirando y animando la acción transformadora en el mundo donde persisten la pobreza, la violencia y la exclusión, la Encarnación nos desafía a ser agentes de cambio y transformación, llevando el mensaje liberador del Evangelio a todos los

espacios de la vida humana. Nos invita a buscar la justicia, a promover la dignidad humana y a trabajar por un mundo donde reine la paz y la reconciliación.

La Encarnación y la Teología de la Liberación siguen siendo relevantes, recordándonos nuestra responsabilidad como cristianos de ser instrumentos de la gracia divina en el mundo, comprometidos con la edificación de un orden social más equitativo y humano.

3.3.1. Encarnación y Conversión

La Encarnación y la conversión están estrechamente relacionadas, ya que ambas implican una transformación fundamental en la correspondencia entre Dios y la humanidad.

La Encarnación representa el pilar central de la fe cristiana, donde Dios se hizo hombre en Jesús. Este evento marca un momento concluyente en la historia de la salvación, ya que Dios mismo entra en el mundo para redimir y reconciliar a la humanidad consigo misma y con Dios, por medio de Jesucristo (*Redemptor Hominis*, 1979, RD. 8) La Encarnación manifiesta el amor incondicional de Dios hacia la humanidad y su anhelo de reparar la relación dañada por el pecado.

La conversión cristiana implica volverse hacia Dios y aceptar a Jesucristo como Señor y Salvador, abandonando el pecado y abrazando una nueva forma de vida en comunión con Dios y los demás, la conversión para la Iglesia es un proceso integral que abarca la transformación espiritual, moral y comunitaria de los fieles, buscando una vida más plenamente conforme al Evangelio y a la voluntad de Dios. La relación entre la Encarnación y la conversión se manifiesta en el hecho de que la Encarnación misma es un llamado a la conversión y a la reconciliación del mundo, pues, así como en Juan Pablo II menciona en la Exhortación Apostólica Post-Sinodal *Reconciliatio Et Paenitentia*: “Así la Palabra de la Escritura, al manifestarnos el misterio de la piedad, abre la inteligencia humana a la conversión y reconciliación, entendidas no como meras

abstracciones, sino como valores cristianos concretos a conquistar en nuestra vida diaria” (RP. 22). La presencia de Dios en Jesucristo revela la realidad sobre quién es Dios y quiénes somos nosotros como seres humanos. Nos desafía a reconsiderar nuestras prioridades, valores y acciones a la luz del Evangelio, y nos llama a una vida de arrepentimiento y fe.

Además, la conversión cristiana conlleva involucrarse en la misión de Cristo en el mundo, compartiendo su amor y gracia con los demás. Esto implica esforzarse por la justicia, la paz y la reconciliación, y ser testigos del reino de Dios en todos los ámbitos de la vida. La Encarnación y la conversión están íntimamente relacionadas en la fe, ya que ambas nos llaman a un encuentro transformador con Dios en Jesucristo y nos invitan a participar en su obra de redención y reconciliación en el mundo.

3.3.2. Liberación y Pobreza

Para los teólogos de la liberación, la pobreza no se considera únicamente un asunto económico o social, sino también un desafío teológico y moral. La ven como una forma de opresión que menoscaba la dignidad humana y transgrede los valores del Evangelio, en palabras de Juan Carlos Scannone:

En América latina esa praxis es praxis de liberación, la reflexión que la discierne y critica la luz del Evangelio y que relee a éste desde una tal situación histórica, se constituye como teología de la liberación. Teología que no nace en las celdas monacales ni en los claustros universitarios, sino en medio de la acción histórica. Surge de la praxis de un pueblo cristiano que lucha por decir su propia palabra y ser sujeto de su propia historia. Pero esa historia es historia de salvación, y esa palabra es también palabra de fe, es decir, pre-reflexivamente teológica. (p.17)

En este sentido, la liberación de la pobreza se convierte en una parte esencial de la misión de la Iglesia y una expresión concreta del Reino de Dios en la tierra.

En la Teología de la Liberación, la liberación y la pobreza están íntimamente conectadas. La liberación se define como la emancipación de todas las formas de opresión, incluidas las económicas, y la promoción del bienestar y la dignidad de todas las personas, sobre todo de las más vulnerables y marginadas. Desde esta perspectiva, la relación entre liberación y pobreza es fundamental, y la lucha por la justicia social y la dignidad humana se convierte en una manifestación concreta de la fe cristiana en el mundo.

Conclusiones

Después de este recorrido, es importante destacar que, para identificar la importancia de la Encarnación de Jesucristo desde la Teología de la Liberación, nos hemos adentrado en el análisis y proyección de lo que el Magisterio de la Iglesia ha expresado respecto del mismo. Más aún, es pertinente subrayar que este misterio refleja el poder del amor de Dios hacia la humanidad, revelado en su Hijo.

El misterio de la Encarnación se manifiesta en las Sagradas Escrituras como el cumplimiento de la promesa de Dios al pueblo. Este evento encarna la unidad que Dios anhela entre la humanidad y la divinidad, entre el amor perfecto de Dios y el amor imperfecto de los hombres. Como creyentes, cada uno de nosotros contempla en ello la reconciliación buscada por Dios. Este profundo vínculo entre lo humano y lo divino trasciende la comprensión y nutre nuestra fe en el amor de Dios.

Uno de los principales momentos en la historia de la humanidad es el trato entre Dios y el hombre, destacándose precisamente en el momento en que Dios elige encarnarse como uno de nosotros. Esta decisión le permite comprender nuestras vivencias y sentimientos. Por consiguiente, la Encarnación debe ser vista como el punto inicial del cuidado hacia los más desfavorecidos, los pobres y la humanidad en su totalidad. Este acto de amor divino establece un precedente significativo para la atención y la protección de los vulnerables en nuestra sociedad.

Es conveniente resaltar que, para la Teología de la Liberación, la Encarnación es el principal motivo de la liberación humana. Por ende, nuestro propósito es reconocer el aporte teológico de esta corriente en Latinoamérica, marcando así su punto de partida e implicación en la pobreza y la libertad del ser humano.

Se hablado del contexto latinoamericano, pero para comprenderlo un poco mejor es necesario citar a Leonardo Boff cuando nos dice que América Latina está marcada por muchas deudas, la deuda económica, la deuda política, la deuda cultural, la deuda antropológica, la deuda ético religiosa y la deuda de la Evangelización; como conjunto de países pobres, América Latina está marginada del proceso global del desarrollo, soportando formas sociales autoritarias, con culturas reducidas al silencio. (cfr. Nueva evangelización, desde la perspectiva de los excluidos, 1990, p.5). Esa deuda de evangelización significó una verdadera transformación que llevaría incluso a la manifestación del Papa Juan Pablo II en 1983 a la asamblea del CELAM, donde manifestó por primera vez el término de una “Nueva Evangelización”:

La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso, no de reevangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión. (núm. III).

Es así que dentro de este contexto enmarcaremos una explicación de lo que representa la pobreza y la libertad para la realización de una verdadera Teología de la Liberación:

1. La pobreza debe ser entendida no solo como una situación económica, sino más bien como una falta de espiritualidad, la espiritualidad de la Teología de la Liberación está profundamente comprometida con la causa de los pobres y oprimidos, integrando la fe cristiana con la acción social transformadora, buscando así una sociedad más justa y solidaria. Durante muchos años, la Teología de la Liberación ha buscado que los pobres encuentren la libertad y se liberen de las cadenas que los atan a un sistema que los mantiene en la pobreza. El aporte de esta corriente teológica sirve como referencia para comprender que la pobreza surge en el ser humano cuando no reconoce su valía en la

sociedad. Como Iglesia, debemos restaurar el valor de cada persona que se acerca a Dios para conocerlo, amarlo y servirlo con todo su ser.

2. La libertad del ser humano se contempla desde un contexto de emancipación, donde se busca desligarse de las cadenas que atan al hombre latinoamericano. Este busca su realización personal encontrando la plenitud de sí mismo. Si bien la Teología de la Liberación aboga por la liberación total del individuo, abarcando tanto su dimensión corporal como espiritual, destaca la Encarnación como un punto de inflexión significativo. Este evento marca la esencia de lo que la Teología de la Liberación pretende subrayar para la sociedad.

En Latinoamérica es imperativo que las personas puedan conocer a Cristo como uno de ellos. Por eso, la presencia de este Cristo encarnado para Latinoamérica es crucial y relevante, y es lo que la Teología de la Liberación ha pretendido proyectar. Si bien es cierto que es un contexto manejado por hombres y mujeres que, en medio de la imperfección propia de la humanidad, han buscado la liberación del hombre oprimido y que cada individuo pueda ser liberado de la pobreza espiritual y económica. Por eso, cuando hablamos de Cristo encarnado para los latinoamericanos, debe representar un punto de partida del amor de Dios, no solo por el hombre en general, sino específicamente por el hombre en Latinoamérica.

Por consiguiente, al abordar el concepto de la Encarnación, nos referimos a un punto crítico en el proceso de conversión de la sociedad, al hacer alusión a la Encarnación y su relación con la conversión, subrayamos que este misterio no solo nos desafía a alcanzar una comprensión intelectual, sino que nos impulsa hacia una experiencia vivencial del amor divino.

Se ha argumentado que tanto la Sagrada Escritura como el Magisterio de la Iglesia y La Sagrada Tradición, como conjunto de enseñanzas, prácticas y creencias transmitidas oralmente

desde los tiempos apostólicos anuncian el misterio de la Encarnación de Jesucristo. Además, a lo largo de esta investigación, se ha explorado el propósito detrás del desarrollo del pensamiento de la Teología de la Liberación, con el fin de alcanzar a determinar su unión dentro de la evangelización.

La Teología de la Liberación, con su opción preferencial por los pobres y la idea de una libertad del ser, encuentra su sustento en la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, puesto que el fin de la Encarnación es proveer de libertad al hombre oprimido y atado por el pecado (Juan 3:16). A lo largo de la historia, esta corriente teológica se vio marcada por un contraste político que generó preocupación dentro de la Iglesia y ha debido pasar varios años para presentarse hoy a la sociedad como un conjunto de aportes al cuidado de los pobres. En palabras de Juan Carlos Scannone, hay teólogos notables que, a pesar de ello, confirman que la Teología de la Liberación es un capítulo de la Teología, como lo es la teología política u otras realidades terrestres. El teólogo estima que se trata precisamente de todo lo contrario, es decir, de un nuevo planteamiento global del quehacer teológico, que explica, no obstante, algo tradicional en la Iglesia. (Teología de la Liberación y Praxis Popular, 1976, p. 18).

De esta manera, podemos entender que el significado teológico de la Teología de la Liberación se basa en la emancipación integral del ser humano. La Encarnación de Jesucristo, por tanto, se constituye como el eje central que fundamenta el respeto y la dignidad inseparables a cada individuo, pues por virtud de la Encarnación, todos compartimos la naturaleza divina de Dios, y, por lo tanto, cada ser humano merece reconocimiento y cuidado.

Al evaluar estos argumentos, es indudable que la Teología de la Liberación ha desempeñado un rol de mucha importancia en el devenir histórico de Latinoamérica. A pesar de

los intentos de politización que ha sufrido en el pasado, su relevancia perdura. Esto se debe en gran medida a la guía constante proporcionada por el Magisterio a lo largo de los años

La Teología de la Liberación emerge como un faro de esperanza y justicia en favor de los más desfavorecidos. Su énfasis en la dignidad íntima de cada ser humano y su compromiso con la lucha contra la opresión y la injusticia la convierten en un referente indispensable en el cuidado de los pobres y marginados.

Es crucial destacar que la Teología de la Liberación encuentra su fundamento último en la Encarnación de Jesucristo. Esta conexión con la Encarnación no solo le otorga solidez teológica, sino que también resalta la esencia misma del mensaje evangélico: el amor incondicional de Dios por toda la humanidad, fundamentalmente por los más necesitados.

La Teología de la Liberación no solo ha sido un fenómeno teológico y social en Latinoamérica, sino que continúa siendo un faro de esperanza y un recordatorio constante de la necesidad de trabajar por la justicia y la solidaridad, inspirándose en el ejemplo y el mensaje de Jesucristo encarnado.

La Encarnación de Jesucristo es el epicentro teológico de la Teología de la Liberación, irradiando un profundo significado que trasciende lo meramente dogmático para convertirse en un poderoso motor de cambio social y espiritual. En este contexto, la Encarnación no se limita a un evento histórico distante, sino que se revela como la expresión suprema de la solidaridad divina con la humanidad sufriente y marginada.

La Teología de la Liberación abraza la Encarnación como un testimonio vivo del compromiso de Dios con los desposeídos, ofreciendo una narrativa radicalmente inclusiva que desafía las estructuras de opresión y desigualdad. La Encarnación nos recuerda que Dios eligió

encarnarse entre los más vulnerables, identificándose plenamente con los apartados, los necesitados y los oprimidos.

En este sentido, la Encarnación no solo nos ofrece una visión teológica profunda, sino que también nos convoca a una acción transformadora. Nos impulsa a solidarizarnos con los que sufren, a comprometernos activamente en la búsqueda de la justicia social y a trabajar incansablemente por la libertad de aquellos que son víctimas de la injusticia y la exclusión.

Así, la Encarnación en la Teología de la Liberación es más que una noción abstracta; es una llamada urgente a encarnar el amor y la justicia de Dios en el mundo, a ser agentes de cambio y esperanza en medio de las realidades más desafiantes. Es el recordatorio concreto de que el Reino de Dios se manifiesta aquí y ahora, en la disposición en que nos comprometemos con la reconstrucción de una sociedad más justa, igualitaria y solidaria.

Referencias Bibliográficas

- Alberigo et al., (1993). *Historia de los Concilios Ecuménicos*. Sígueme.
- Biblia de Jerusalén (3ª Ed.) (1998). Desclée De Brouwer.
- Bedolla, P. (2016). *La Teología de la Liberación: pastoral y violencia revolucionaria*. Revista Política Y Sociedad, 64(1),185-221.
- Botella, V. (2011). *Gustavo Gutiérrez, Padre De La Teología De La Liberación*. UC.
- Boff, L. (1978). *La fe en la periferia del mundo*. Sal Terrae.
- Boff, L. (1990). *Nueva Evangelización desde la perspectiva de los excluidos*. Lumen.
- Cardenal, G. (2013). *El hombre ante Dios razón y testimonio*. España.
- Chopin, C. (1980). *El Verbo Encarnado y Redentor*. Herder.
- Dussel, E. (1983). *Praxis Latinoamericana y filosofía de la Liberación*. Ceapedi.
- Dussel, E. (1992). *Historia de la Iglesia en América Latina*. CLACSO.
- Dussel, E. (1972). *Caminos de liberación latinoamericana*. CLACSO.
- Dault, K. (2014). *¿Qué es la teología de la liberación?* U.S. Catholic, Vol. 79, No.10, página 46.
- González, G. (2007). *Filosofía de la Liberación*. Serval.
- González, C. (1987). *Él es nuestra Salvación*. (2º Edición). CELAM.
- González, A. (1997) *Vigencia del 'método teológico' de la teología de la liberación"*, Revista Christus, 62(1) 1997, 46-49.
- Gómez, J. (1968) *Documentos finales de Medellín*. Edición digital.
- Gutiérrez G. (2004). *Teología de la Liberación, perspectivas*. (10º Edición). Sígueme.
- Gutiérrez G. (2007). *Beber en su Propio Pozo*. (8º Edición). Sígueme.
- Romo, P. (2006). *Teologías de la Liberación*. Instituto De Investigaciones Sociales.
- Molteni, A. (2014). *El Acontecimiento de la Fe*. UCSC.
- Peterson, E. (1966). *Tratados Teológicos*. E. Cristianas.

Documentos completos del Vaticano II. (1964). *Constitución Dogmática Lumen Gentium: sobre la iglesia*. (19° Edición ed.). Mensajero.

Documentos completos del Vaticano II. (1964). *Constitución Dogmática Dei Verbum: Sobre La Divina Revelación*. (19° Edición ed.). Mensajero.

Silva, S. (2009). *Teología de la Liberación*. Revista Teología y Vida, 50(1),93-116

SS. Pablo VI. (1971), *Carta Encíclica Rerum Novarum*. Vaticana.

SS. Pablo VI. (1967), *Carta Encíclica Populorum Progressio*. Vaticana.

SS. Pablo VI. (1965), *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi*. Vaticana.

SS. Juan Pablo II. (1992), *Catecismo de la Iglesia Católica*. Vaticana.

S.S. Juan Pablo II (1980), *Carta Apostólica Patres Ecclesiae*. Vaticana.

SS. Francisco. (2020), *Carta Encíclica Fratelli Tutti*. Vaticana.

SS. Francisco. (2020), *Carta Encíclica Patris Corde*. Vaticana.

SS. Juan Pablo II. (1979), *Carta Encíclica Redemptor Hominis*. Vaticana.

SS. Juan Pablo II. (1993), *Carta Encíclica Veritatis Splendor*. Vaticana.

SS. Juan Pablo II. (1981), *Carta Encíclica Laborem Exercens*. Vaticana

SS. Juan Pablo II. (1983), *Discurso a La Asamblea Del CELAM*. Vaticana

SS. Juan Pablo II. (1984), *Exhortación Apostólica Reconciliatio Et Paenitentia*. Vaticana.

SS. Juan Pablo II. (1998), *Bula de Convocación del Gran Jubileo del Año 2000*. Vaticana.

SS. Benedicto XVI. (2007), *Carta Encíclica Spe Salvi*. Vaticana.

Ratzinger, J. (1984), *Libertatis nuntius Instrucción sobre algunos aspectos de la «Teología De La Liberación»*. Vaticana.

Ratzinger, J. (1986), *Libertatis Conscientia: Instrucción sobre la Libertad Cristiana y Liberacion*. Vaticana.

Ruiz, D. (1965), *Padres Apostólicos*. BAC.

Santana, A. (2013). *El Pensamiento latinoamericano, el centenario de Leopoldo Zea*. Librosoa.

Soriano, R. (2009). *Religión y Democracia en América Latina*. Doctrina Social.

Scannone, J. (2007) *La Teológica del Pueblo*. Sal Terrae

Scannone, J. (1976). *Teología de la Liberación y Praxis Popular*. Agora

Vázquez, J. (2010), *Leonardo Boff (1938)*. UC.

Vives, J. (1988). *Los Padres de la Iglesia*. Herder.